



Lou CARRIGAN

LOS MALOS NEGOCIANTES





eb

LOU CARRIGAN

LOS MALOS NEGOCIANTES

Colección LA HUELLA n.º 97
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B 30909-1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta Colección: setiembre, 1976

© Lou Carrigan - 1969

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

MAL NEGOCIO

A vista de pájaro, la quinta era formidable. Se veía junto al mar, en la costa de New Jersey, con su bien poblado jardín grandioso, la piscina, la pista de tenis, un bonito invernadero... Y la casa. Sobre todo la casa. Blanca y nueva, moderna, debía tener no menos de quince habitaciones. Con su gran columnata, sus terrazas, su bonito tejado rojo...

Sí. Desde arriba se debía ver formidable.

Desde abajo, dentro de la quinta, aún se veía mejor. Se podía apreciar el tupido césped, el brillante colorido de las primeras flores primaverales que despedían un grato aroma; también se percibía el aroma incomparable del cercano mar... Todo era bello, perfecto, magnífico.

Pero, sin duda, lo más bello de la quinta era, precisamente, la mujer que estaba sentada en una de las terrazas, en uno de esos confortables y románticos sofá-balancines, cuya toldilla había sido alzada a fin de que el tibio, acariciador sol de primavera llegase hasta ella, hasta sus brazos desnudos, sus piernas que la minifalda dejaba casi completamente al descubierto.

La bellísima mujer era rubia, de ojos claros y boquita redonda y dulce. A los treinta años escasos, poco puede decirse de su belleza que no sea más fácil imaginar: la piel finísima, las manos bonitas, con las uñitas muy bien manicuradas y un enorme brillante en la sortija de la mano derecha... Parecía talmente una muñeca de fantasía. Sí, eso parecía exactamente.

Estaba sentada ante la mesita, leyendo una revista, balanceándose apenas, jugando con sus bellas piernas, sonriendo. De cuando en cuando chupaba graciosamente del cigarrillo que sostenía entre su dedito enjoyado y el siguiente; había olvidado ya

su vacía taza de café. Estaba feliz, tranquila, muy cómoda...

Y justo entonces sonó el teléfono que había sobre la mesita. Un teléfono rojo, muy bonito, que ella atendió descolgando el auricular con la manita izquierda, y echando sus cabellitos rubios hacia atrás en un gesto gracioso, inconfundiblemente femenino, para dejar al descubierto su orejita.

—¿Sí? —Casi cantó.

—¿...?

—Oh... ¿A estas horas?

—¿...?

—Entiendo... ¿Ha insistido mucho, realmente, Wallace?

—...

—Está bien... —suspiró la bella rubia—. Déjale que venga hasta la casa. Pero a pie. No quiero ruido de motores, Wallace, por favor.

Dicho esto, la rubita colgó el auricular y se quedó mirando hacia el sendero por el cual, no tardando mucho, debería aparecer el inoportuno visitante. Lo primero que oyó fue el lejano ladrido de los dos feroces perros que vigilaban la quinta durante la noche. Dos mastines negros, de mandíbula terrible y ojos relucientes, que durante el día debían permanecer encerrados, tanta era su ferocidad, tan imprevisibles sus actos. Incluso desde lejos, oír a aquellas dos fieras no era nada tranquilizador. Wallace, el criado de confianza, era el encargado de aquellas dos fieras.

El visitante apareció apenas dos minutos después, caminando reposadamente. Era un tipo más bien pequeño, delgaducho, con las orejas muy grandes y redondos ojos de mochuelo.

Por fin, llegó ante la bella mujer y saludó con la cabeza, casi moviendo las orejas.

—Buenos días, señora Newlander.

—Hola, Randy. ¿Era necesario que vinieras aquí?

—Yo creo que sí, señora.

—Bueno... Espero que no hayas olvidado nuestra última decisión, hace un mes, cuando acordamos que, a todos los efectos, quedabas despedido.

Una medida de seguridad que entonces comprendiste muy bien.

—Sobre eso no hay problema, señora Newlander. Yo soy el primer interesado en no comprometerla, no se preocupe. Hicimos un buen trato, y yo haré bien mi papel.

—De acuerdo. ¿A qué has venido?

—Quisiera hablar con el señor Newlander.

—Oh... Bueno, él está durmiendo todavía. Ya sabes que raramente se levanta antes de la hora del aperitivo.

—Sí, lo sé... —Randy miró su reloj—. El caso es que ya es esa hora, señora.

—¿Ya? ¡Pero si apenas he tenido tiempo de tomar un café...! Bueno, creo que yo también me estoy convirtiendo en una dormilona... ¿Qué quieres de mi esposo, Randy?

—Pues... hablar con él.

—¿Conmigo no?

—Pues... No se ofenda, pero...

—No me ofendo. Somos buenos amigos, estamos haciendo un magnífico negocio gracias a tu habilidad, y creo que tienes... derecho a ciertas concesiones. Sin embargo, Randy, sólo por curiosidad femenina, me gustaría saber qué quieres de Farley.

—Bueno... El último negocio también salió muy bien, según tengo entendido. Doscientos mil dólares ganados en un par de días, por no hacer nada, realmente. Quiero decir que se hizo muy poco para ganar esa cantidad. En realidad, quien más ha hecho he sido yo, ¿no cree? Yo soy el creador de esos dibujos.

—Sin duda —la señora Newlander entornó los bellos ojos—. ¿Adónde quieres ir a parar, Randy?

—Yo... he hecho unos cuantos números, señora Newlander. Creo que usted comprenderá mi postura. En poco menos de seis meses, desde que empezamos la operación, he calculado que se ha obtenido un beneficio de seis millones y medio de dólares. Beneficio limpio, ya que poco se ha gastado: papel, tinta, un par de máquinas, unos miles de dólares en viajes... Supongamos que el gasto total ha sido de cien mil dólares. Y eso es mucho suponer, ¿no está de acuerdo?

—Tú sigue hablando. Es posible que al final te entienda.

—Bien... Digamos que el beneficio líquido, sin más inversión que cien mil dólares, ha sido de seis millones cuatrocientos mil. ¿Está de acuerdo?

—Creo que ésa es la cifra aproximada. ¿Y...?

—De ese dinero, yo sólo he cobrado cien mil dólares.

—Los has ganado, ciertamente —sonrió Deborah Newlander.

Randy Fellows enrojeció casi violentamente.

—¿Los he ganado? —masculló—. ¡Yo lo he hecho todo! ¡Sin mí jamás hubiesen podido emprender esa operación! ¡Les doy a ganar más de seis millones de dólares, sin desembolso de ninguna clase, sin riesgos, absolutamente limpios... y ustedes me dan cien mil cochinos dólares!

—Creo entender que has venido a pedir una parte mayor, Randy.

—Así es. Por eso, preferiría hablar con el señor Newlander.

—¿Cuánto quieres exactamente?

Randy Fellows tragó saliva, armándose de valor.

—Un millón. Redondo, completo... Un millón de dólares es lo menos que merezco. Yo hice los dibujos, busqué el papel, indiqué cuáles eran las máquinas apropiadas, busqué...

La delicada manita de Deborah Newlander se alzó lánguidamente.

—No es necesario que insistas tanto, Randy. Sabemos que eres el artífice de todo. Sin ti, este magnífico negocio de los seis millones y pico no se habría podido poner en marcha.

—¿Entonces...?

—Se lo diré a Farley cuando se levante, y ya te comunicaremos lo que haya. Pero puedo asegurarte —sonrió dulcemente— que yo misma lo convenceré para que te entregue ese millón que pides.

—¿De veras? —exclamó Randy.

—Por supuesto. Hay que dar a cada uno lo que se merece, Randy, en todo momento. Lo contrario es mal negocio. Y a mí no me gustan los malos negocios.

—Vaya... No esperaba... ¿Puedo contar con ese dinero?

—Naturalmente. Y ahora, por favor, vete. Recuerda que, para quien quiera husmear, fuiste despedido hace unas semanas; no sería lógico que te vieran por aquí. Hablaré con Farley, y él mismo te llamará para decirte cuándo y cómo te dará tu millón de dólares.

—Señora Newlander, le agradezco...

—Sobran las expresiones tontas, Randy. Hasta la vista.

—Sí... Sí, señora... Encantado de verla.

—Muy amable. Y lo serás más si no vuelves por aquí. Usa el teléfono, por ejemplo, si tienes algo que decirnos.

—Sí... Así lo haré... Adiós, señora Newlander.

—Adiós, Randy.

Randy Fellows se fue, haciendo inclinaciones de cabeza, moviendo sus grandes orejotas. Y apenas estaba a la distancia conveniente, la bellísima rubita descolgó el auricular de aquel teléfono rojo, y marcó uno de los números.

—¿Wallace? —musitó.

—¿...?

—Randy está ahora camino de la puerta principal. ¿Quieres hacer el favor de soltar los perros?

—¡...!

—Sé muy bien lo que harán los perros con el pobre Randy, Wallace. Luego, lo que quede de su cuerpo, lo entierras en cualquier parte del jardín, por el momento. Y no me molestes luego con detalles sobre lo sucedido... Me siento fatigada.

Colgó el auricular, suspiró y se recostó en el sofá-balancín, pensando con desagrado en el mal negocio que acababa de realizar el pobre tonto de Randy Fellows.

CAPÍTULO PRIMERO

—Estas tremendo, Burton —dijo Burton Marsh. Dejó de mirarse al espejo, se puso a silbar y salió del cuarto de baño. Fue al dormitorio, silbando a todo pulmón. De la mesita de noche cogió un cigarrillo, que encendió casi sin dejar de silbar. Luego, con el cigarrillo colgando en un lado de la boca, se dedicó a colocarse en el hombro izquierdo los atalajes de la funda sobaquera; hecho esto, sacó la pistola, tiró del cargador, lo examinó rutinariamente, como cada día, y volvió a colocar la pistola en la funda. Se puso la chaqueta y se dirigió hacia el *living*, silbando por el lado contrario de la boca al en que tenía el cigarrillo.

El último vistazo de inspección. *Okay*, todo bien. Un hombre tiene que ser ordenado, dejarlo todo perfectamente colocado antes de ir a su trabajo. Sobre todo cuando ese hombre es soltero y...

¡Ding-dong...!

Se quedó mirando con el ceño fruncido hacia el pequeño recibidor de su casita, donde el timbre acababa de lanzar al aire su simpático sonido de diminuto campanil. De pronto sonrió y se fue hacia la puerta, abrochando su chaqueta, cuidando muy bien de que no pudiera verse la funda sobaquera.

Cuando abrió, había en su rostro pecoso y viril un grave gesto de persona seria.

—Buenos días, señor Marsh...

El señor Marsh sonrió levemente, como quien hace lo posible por ser cortés. Ante él, con una taza en la manita derecha, estaba la preciosa vecinita: pelirroja, ojos verdes y enormes, boca jugosa y seguramente muy dulce, cuerpo sensacional... Llevaba un precioso vestidito azul, de mañana primaveral, y sus bracitos blancos y finos parecían de mármol, tersos, brillantes... Olían a lavanda, a limpio y

a joven. Era un bombón de primera línea.

—Buenos días, señorita Landis. ¿Necesita azúcar?

—Yo... Oh, sí... ¿Cómo ha podido adivinarlo?

Burton Marsh se apartó, invitando claramente a la muchacha a entrar en la casita. Cerró la puerta, se quedó mirándola con aquella sonrisa que parecía agrandar sus pecas, y dijo, en tono confidencial:

—Se lo explicaré... Es sencillo: hace algo así como un mes, usted llegó a vivir a la casita vecina a la mía. Nos vimos un par de veces, nos saludamos, nos sonreímos... Y, de pronto, desde hace dos semanas, cada mañanita del buen Dios, usted se presenta a pedirme una tacita de azúcar. Desde hace dos semanas, no ha fallado ni un solo día... Por eso sé que hoy usted también quiere azúcar.

La señorita Landis enrojeció intensamente.

—Yo... no creía que pudiera molestarle, señor Marsh...

—No me molesta. Le aseguro que es para mí un placer proporcionarle un poco de azúcar cada mañana. También le aseguro que no soy precisamente un tacaño. Pero..., ¿no cree que le resultaría más práctico comprar unas cuantas libras de azúcar? No va demasiado cara.

—Bueno... Yo... ¡Oh! Creo que... que me iré sin... el...

—De ninguna manera —protestó Burton—. Usted no sale de esta casa sin su tacita de azúcar diaria. ¡No faltaría más! Venga a la cocina, por favor.

—No quisiera...

—Le daré su azúcar. Supongo que debe tener ya más que suficiente para hacer un pastel, con las quince tacitas que me lleva pedidas.

Llegaron a la cocina, Burton abrió el armario y bajó el saquito del azúcar y se lo dejó sobre el mármol.

—Sírvase usted misma... ¿Por qué me mira así?

—¿Le... le gustan a usted los pasteles?

—¡Que si me gustan los pasteles...! ¡Adoro los pasteles! Sobre todo los de nata y guindas... ¡Ah, Dios mío, un pastel de nata y guindas...! ¿Le gustan a usted?

—Yo no... no los he hecho nunca de... de nata y...

—Pues debería aprender. ¡No sabe lo que se está perdiendo!

—¿Usted sabe... hacerlos?

—¡Naturalmente! Un hombre soltero debe saber hacer de todo...

¿Me creará si le digo que yo me lavo y plancho la ropa mejor que en la lavandería?

—¡No!

—Sí, sí... Claro, con ayuda de estas máquinas... Es muy sencillo. Bueno, eso me parece a mí... ¿Usted sabe lavar, planchar, cocinar, coser, bordar, bailar, nadar, esquiar, divertirse?

—Pu-pu-pues sí... Yo... Sí, señor, sí...

—¡Pero qué estupendo! Sí, señor, así ha de ser: quien se empeña en no casarse, debe saber todas esas cosas... Bien: ¿no quería usted azúcar?

La muchacha parecía fascinada. Se sobresaltó de pronto y quiso coger una taza de azúcar del saquito...

—Será mejor que primero lo abra... —sugirió Burton—. Es nuevo. Anoche tuve que comprar uno, ése que usted está intentando romper con la taza... No sé cómo puedo gastar tanto azúcar...

La muchacha volvió a sonrojarse y abrió el saquito. Iba a meter la taza, cuando Burton Marsh tuvo la buena idea de...

—Aprovecharemos para verter el azúcar en su correspondiente bote, señorita Landis. Oh, no se mueva, no me molesta... —Pasó los brazos por encima de los hombros de ella, de modo que la muchacha quedó entre él y el mármol de la cocina, de espaldas, casi abrazada por el locuaz señor Marsh—. Yo siempre digo que cada cosa debe estar en su sitio... ¿Usted no lo cree así?

—Sí... Sí, yo... también... también lo creo así...

—Magnífico. Esto ya está... Veamos su taza...

Eso es. ¡Voilà! Ya está llena. Espero que le salga un rico pastel. ¿Tiene usted novio, señorita Landis?

—No... ¡Oh, no, no!

—Vaya... Parece como si esa posibilidad le diese miedo, ¿no?

—No, señor, no...

—Más vale así. ¿Desea algo más, de mí o de mi cocina?

—No... Gracias. Solo... sólo estoy esperando que usted deje de... de... abrazarme...

—¿Abraz...? Por favor, discúlpeme... Es cierto, la estaba abrazando... La acompañaré a la puerta... —Le pasó un brazo por los hombros, tranquilamente, y la llevó hacia allí—. Es malo no tener novio, señorita Landis. Todos deberíamos casarnos.

—¿Usted también?

—Por supuesto. Cualquier día, ¡zás!, me presento aquí con una hermosa chica, recién casado. Supongo que lo mismo puede ocurrir con usted de un momento a otro.

Abrió la puerta y se quedó mirando sonriente a la muchacha, que ahora había perdido el color.

—Sí... Sí, lo mismo puede ocurrirme a mí, o a cualquiera... Gracias... por el azúcar, señor Marsh.

—De nada, de nada... Hasta mañana, señorita Landis. Oh, quería decirle que hoy llegaré un poco más tarde de lo habitual. Cosas del trabajo en la oficina.

—¿Por... por qué me dice a mí eso...?

—Para que no se inquiete detrás de su ventana si ve que tardo más que los otros días. Pero no se preocupe, sólo serán unas pocas horas extras. Espero que no le importe.

—Señor Marsh: ¿está usted sugiriendo que... que yo vigilo... sus entradas y salidas? —Enrojeció de nuevo la muchacha.

—Dios me libre... Pero como todos los días me viene a pedir azúcar, por eso le digo que hasta mañana. Y como todas las noches está detrás de su ventana y me ve llegar, pues la aviso para que no se inquiete por mi tardanza, y vaya a llamar a los bomberos, la Policía... o el

F. B. I.

Mi retraso está previsto.

—Señor Marsh, yo no...

—Por cierto: ¿cuál es su nombre de pila?

—Rachel. Pero insisto en que...

Burton Marsh alzó su brazo.

—Demonios, qué tarde se está haciendo... Tendrá que perdonarme, pero mi jefe es un maniático de la puntualidad. Espero que le salga muy rico el pastel y que... me guarde un buen pedazo. Hasta mañana.

La tomó del brazo, la llevó a la separación de los dos pequeños jardines, la soltó y regresó silbando. Alzó la puerta del garaje, saltó al coche, salió como una flecha con la marcha atrás y antes de alejarse se volvió hacia la casa de su vecinita, saludando con la mano..., todavía a tiempo de ver a la muchacha esconderse precipitadamente en el porche.

Así son ellas.

CAPÍTULO II

A las ocho menos cinco minutos de la mañana, Burton Marsh entraba en su oficina, que compartía con otro muchacho de mirada casi tan irónica como la de él, y que ya estaba fumando, inclinada la cabeza sobre unos libretos.

—Buenos días, Archie.

—Hola, Burt. Oye, estoy harto de estos libros... Maldita sea, prefiero trabajos con más movimiento...

—Y no te podrás quejar si terminamos antes de las doce de esta noche... ¿Has encontrado algo?

—Hombre, acabo de llegar... ¿Qué me dices de tu linda vecinita? ¿Qué te ha pedido hoy?

—Azúcar.

—¡Qué poca imaginación! Muy poca... Me pregunto qué habrá visto en ti esa chica. Eres delgaducho, desgarrado, pecoso... Claro que tengo que admitir que eres simpático.

—Déjate de tonterías... —rió Burton—. Y vamos a ver si encontramos algo en los libros de ese cochino *gánster* que se las da de benefactor de la Humanidad.

—No descansaré hasta conseguirlo —dijo firmemente Archie—. ¿Te casarás con ella?

—¿Con quién?

—¡Con tu vecina!

—No sé. Claro que si ella me lo pide, es posible que no me atreva a decirle que no. Se llevaría un disgusto.

—¿Sabe que eres del

F. B. I.?

—Hijo, tú eres tonto —dijo seriamente Burton Marsh—: si ella supiera que yo soy un agente del

F. B. I.,
ya haría tiempo que habría pedido mi mano. ¡Pues no es nadie un
G-man

! ¿Dónde quedamos ayer?

Se sentó junto a Archie, que no pudo evitar volver a reír de nuevo.

—Espero que alguna vez hagas las cosas con calma. Bueno, vamos a emprenderla con estos libroles...

A las diez de la mañana, otro agente del F. B. I, apareció en la puerta del pequeño despacho.

—Burt, el jefe te llama.

—Estupendo... *Ciao*, Archie: que te vaya bien con los libroles.

—Tienes más suerte que mi abuela —refunfuñó Archie.

—¿Qué clase de suerte tenía tu abuela?

—Ninguna.

Burton Marsh salió del despacho, riendo. Un minuto más tarde, tras llamar con los nudillos, entraba en el del inspector Spollane, jefe de la Delegación del F. B. I, en Nueva York.

—Buenos días, señor. ¿Me ha llamado?

—Hola, Burt. Siéntate... Te presentó al señor Carl Heimer. Ha venido a hacer una denuncia.

Marsh estrechó la mano de Carl Heimer, un tipo más bien alto, sólido, rollizo, coloradote, de ojos negros, vivos, penetrantes. Vestía muy bien, y no hacía falta ser un sagaz agente federal para comprender que no era dinero lo que le faltaba.

—¿Cómo está, señor Heimer? ¿Qué clase de denuncia?

Carl Heimer no contestó, y Burton miró a su jefe, alzando las cejas, mientras se sentaba. El inspector Spollane cogió una pequeña maleta que había sobre la mesa y la tiró a las manos del
G-man.

—Toma —dijo—: te regalo dos millones de dólares.

Por un instante, Burton quedó boquiabierto. Luego abrió la maleta y se quedó mirando los fajos de bonos de la

I. T. T. C.,

o sea, la International Telephone and Telegraph Company. Sacó cuidadosamente uno de ellos, lo miró bien, lo hizo crujir dando un tirón de los extremos, y luego lo colocó al trasluz de la ventana...

—Muy amable, señor —musitó—. Pero preferiría que me

regalase usted cinco dólares de los suyos.

—Sólo el papel empleado en fabricar esos bonos ya vale más de cinco dólares... —sonrió secamente Spollane—. Aunque no creo que nadie los pague.

Burton miró atentamente al denunciante.

—Sin embargo, entiendo que el señor Heimer ha pagado por estos papelotes nada menos que dos millones de dólares. ¿O no, señor Heimer?

—Menos el diez por ciento —musitó Carl Heimer.

—Entiendo. Supongo que el inspector Spollane ya le habrá dicho que usted no es el primero al que timan con bonos falsos de la I. T. T. C.,

precisamente. Si mi memoria no falla, es usted el número diecinueve o veinte... ¿Correcto, señor?

—Exactamente el veinte, Burt. Los casos están esparcidos en toda la nación, bien separados: Oregón, Florida, California, Montana, Nueva York, Tejas... En fin, bien repartidos. Las dos veces anteriores que esto ocurrió en Nueva York, los del Tesoro se encargaron del asunto. Esta vez parece que quieren más acción, de modo que me llamaron esta mañana y enviaron aquí al señor Heimer, con dos muchachos

G-men.

—¿Tenemos que resolver nosotros la papeleta, señor?

—Eso parece. Te explicaré, resumido, lo mismo que me ha contado a mí el señor Heimer, el cual será tan amable de corregirme si me equivoco en algo. ¿Sí, señor Heimer?

—Desde luego, inspector.

—Gracias. Veamos... Al señor Heimer lo visitan dos «caballeros» que le proponen un considerable negocio: la compra de dos millones de dólares en bonos de la

I. T. T. C.,

no sólo a su precio nominal, que es más bajo del de la cotización en Wall Street. No, señor. Todavía más bajo el precio: el nominal, menos el diez por ciento. Según cálculos aproximados, el señor Heimer podía haber ganado en esta sola operación algo así como trescientos mil dólares. Fabuloso, ciertamente..., si los bonos no fuesen falsos.

—¿El señor Heimer no desconfió de tanta maravilla?

—En principio, sí, desde luego. Normalmente, él recurre a su agente de Bolsa para esta clase de operaciones. Sin embargo, esta vez pensó que podía ahorrarse el pago de su comisión, que habrían sido unos treinta mil dólares, según entiendo. O sea, el diez por ciento de los beneficios obtenidos al revender luego el señor Heimer los bonos de la

I. T. T. C.

Pero, como digo, el señor Heimer quiso ahorrarse la comisión de su agente de Bolsa. Pero, por supuesto, se interesó por esos dos caballeros que le decían que esa venta era urgente, y que sólo la necesidad perentoria que uno de sus clientes tenía del dinero en efectivo, era la causa de tal ganga. Mmm... Interesado por esos dos caballeros, que decían llamarse Axel Lombart y Fred Stanton, el señor Heimer descubre que tienen un despacho en la Quinta Avenida, nada menos. Gente nueva, que lleva ya realizados algunos negocios buenos para sus clientes en el par de semanas de establecidos en su negocio de comisiones. Entonces, rápidamente, antes de que nadie le quite el negocio, el señor Heimer va al Banco, retira dos millones de... Perdón: un millón ochocientos mil dólares, ya que tiene el diez por ciento de descuento sobre el precio nominal de esos bonos... Retira el dinero, llama a los señores Lombart y Stanton, ellos llegan con los bonos, se firman papeles legítimos de venta y...

—Y cuando el señor Heimer va a ingresar esos bonos en su caja del Banco, le dicen que son falsos, o algo así.

—Exacto. Y ahora un dato, Burt: ¿sabes cuánto dinero llevan estafado dos caballeros que siempre se llaman de diferente modo, en seis meses aproximadamente, de arriba abajo y de derecha a izquierda del país?

—¿Cuánto, señor?

—Unos sesenta y cinco millones de dólares.

—Santo Dios... ¿Cree usted que siempre son los mismos hombres, señor?

—Mi opinión es que sí. Gente que sabe caracterizarse, Burt... Inteligentes, educados, de buenos modales... Cada quince días, un timo con bonos falsos de la

I. T. T. C.

Son metódicos, ordenados. Y les gusta viajar. Hoy en Nueva York,

mañana en Nueva Orleans, al otro en Chicago... Sesenta y cinco millones de dólares en seis meses, Burt. ¿Qué te parece?

—Quizá tengan necesidad de azúcar, señor. Va un poco caro.

—¿El azúcar...?

—Perdón, señor. Yo me entiendo. Esto... ¿El señor Heimer puede describir a esos hombres?

—Oh, sí... —sonrió Spollane—. ¿Por favor, señor Heimer? Burt Marsh se va a encargar de esto, de modo que espera su colaboración.

—Sí, entiendo. Bueno, ellos eran... altos, bien parecidos, de buenos modales...

—¿Qué más? Siga, señor Heimer.

—Bueno... No sé.

—No sabe más —musitó Spollane.

Burton frunció el ceño.

—No quisiera... ofenderle, señor Heimer, pero me parece que es usted... digamos demasiado cándido.

—Sé que soy un tonto... —Gruñó Carl Heimer—. Un tonto ambicioso, que quiso guardarse el asunto de los bonos para que nadie pudiese adelantarse. No sé... Me parecieron tan correctos... Luego, esa oficina en la Quinta Avenida, su seriedad... Y, además, ellos me habían concedido solamente veinticuatro horas para pensarlo. De otro modo, venderían los bonos a otro comprador, claro...

—Bueno, es un timo clásico. Basado en la ambición de la víctima, si me permite decirlo, señor Heimer. Pero dos millones de dólares es mucho dinero para jugárselo así con dos desconocidos, ¿no?

—No me lo recuerde —dijo roncamente Carl Heimer.

Burton asintió con la cabeza y se volvió de nuevo a su jefe.

—Podría empezar por visitar esas oficinas de la Quinta Avenida, señor, pero, con su permiso, creo que sería más interesante darle la vuelta al asunto, empezar por el principio.

—Explícate. Si tienes alguna buena idea... Sí, adelante.

Habían llamado a la puerta, que se abrió al otorgar Spollane su permiso. Archie apareció en ella con uno de los libroles abrazado contra su pecho, abierto. Le brillaban los ojos.

—¡Lo tengo, señor! ¡Lo hemos atrapado!

—¿A Rocky Rockett, Archie? —exclamó Spollane.

—Sí, sí, a él... Le mostraré...

—Luego. Espera un momento, Archie. No, no, quédate. Tienes que oír esto, porque harás pareja con Burt en...

—¿Otra vez con Burt? —protestó Archie.

—¿Qué pasa con ello?

—Es que me río demasiado, señor.

—Siéntate y calla... —sonrió Spollane—. ¿Decías, Burt?

—Supongo que en todos los sitios habrán hecho lo mismo, señor: empezar las investigaciones buscando a esos dos tipos que venden los bonos falsos. Yo creo que ya se ha demostrado bastante que eso es perder el tiempo: no sabremos cómo son exactamente, ni sus verdaderos nombres... Además, ellos deben tener ya un perfecto sistema de fuga, que ha resistido todas las investigaciones anteriores. ¿No es cierto?

—¿Qué sugieres?

—Partir de la raíz. En lugar de encontrar a quienes venden los bonos, encontrar a quienes los fabrican.

—¿Crees que no son los mismos?

—Quizá sí, quizá no. Pero en estos casos, suele... dividirse el trabajo, de acuerdo a las aptitudes de cada componente de la banda de falsificadores. Hay el falsificador jefe, los ayudantes, los informadores, el cerebro director, los vendedores... Ya sabe.

—Sí... No está mal, Burt. Pero si poco sabemos de esos dos tipos que tenían la oficina en la Quinta Avenida, menos sabemos aún de dónde han podido salir esos bonos... ¿Por qué sonríes?

—¿Recuerda usted a «Machine» Stone, señor?

—Claro... —Spollane también sonrió de pronto—. Tú mismo lo metiste entre rejas hace unos tres años, ¿no? Buena idea, Burt. Si alguien puede saber y entender de falsificaciones, ése es «Machine» Stone. Irás a verlo inmediatamente.

—Sí, señor. Respecto a Archie... Lo de Rocky Rockett...

—Enviaré a dos muchachos a por Rocky. Está listo... Archie, luego me pasas los informes, para restregárselos por la nariz cuando empiece a llamar a su abogado. Mientras tanto, ponte en marcha con Burt. Supongo que, por si acaso, te enviaré a esa oficina de la Quinta Avenida, ¿no, Burt?

—Sí, señor. ¿Cuál es la dirección?

—Se... se la apuntaré —ofreció Carl Heimer.

—Muchas gracias. Y los nombres, por favor, señor Heimer.

—Sí, sí...

Heimer anotó los datos en un papel, que tendió a Burton Marsh. El inspector Spollane se puso en pie.

—¿Me perdona un par de minutos, señor Heimer? Iré a decirle a mi ayudante que lo prepare todo para redactar la declaración, a fin de que usted la firme. Estoy con usted en seguida.

—Sí... Muy bien...

Spollane salió del despacho empujando amablemente por la espalda a Archie y a Burt. Cerró la puerta y se llevó a los
G-men

a la otra punta del antedespacho, donde su ayudante esperaba listo para redactar la denuncia completa y formal de Carl Heimer.

—Muchachos —musitó—: quiero un trabajo fino.

—Señor, usted sabe...

—Sé lo que digo. Ese asunto de los bonos falsos es el comentario preferido en el Departamento Federal en peso. Han sido timados ya nada menos que veinte millonarios. A unos, un millón; a otros, dos o tres millones... Hay incluso un tipo de Tejas que ha perdido cuatro millones y medio en estos bonos falsos de la
I. T. T. C.

Es como... como si veinte millonarios se hubiesen vuelto, de pronto, unos completos y perfectos estúpidos. Los

T-men

están navegando a la deriva. No quiero que a nosotros nos suceda lo mismo.

—¿Está usted... oliendo a quemado, señor? —musitó Burton.

—¿A quemado? A podrido, Burt. ¿Tú no?

Burton Marsh parpadeó, un poco desconcertado.

—Reflexionaré sobre esto durante el viaje hasta el penal.

—Eso está bien. Os vais a mover con pies de plomo. Esta vez, no quiero prisas. Si llega un momento en que algo te... sorprende, o te extraña, no sigas adelante. Te paras a reflexionar. Un día o dos, Burt. Los que sean. Sobre todo, no corras. ¿Recuerdas la historia del muchacho que por ir corriendo detrás de una mariposa no vio la moneda de veinte dólares que tenía a sus pies?

—Lo entiendo, señor.

—Perfecto. Toma, llévate este bono... A «Machine» Stone le encantará verlo.

—Oh, sí... ¿Algo más, señor?

—No. Explícale a Archie el asunto. Y... los dos sois ya grandecitos y veteranos para que tenga que daros más indicaciones. ¿Okay?

—Okay, señor.

—A trabajar. Johnny, ven conmigo; redactaremos la denuncia del señor Heimer.

Poco después, Burton Marsh y Archie Boone entraban de nuevo en su oficina, donde había dos agentes más, expectantes.

—De acuerdo —dijo Archie—: os voy a regalar a Rocky Rockett, muchachos. Atended bien, porque el jefe os enviará a por él...

Durante cinco minutos estuvo explicando a los dos

G-men

el dato contable que, por fin, había perdido a Rocky Rockett. Lo entendieron muy bien, guardaron el libro y se pusieron las chaquetas, sonriendo duramente. Cuando hubieron salido, Archie miró a Burton.

—Listo el asunto de los libroles. ¡Y nosotros que creíamos que nos duraría hasta las doce de la noche! Eh, jovencito: ¿qué estás pensando?

—No sé. Este asunto de los bonos falsos... El jefe tiene razón, Archie: es como si, de pronto, veinte millonarios... Contesta tú, ¿quieres?

Archie descolgó el teléfono, atendiendo la llamada. Escuchó unos segundos y tendió el auricular a Burton, sonriendo burlonamente.

—Es para ti.

Burton lo tomó, mirando de reojo, fruncido el ceño, a su burlón compañero, un poco amoscado.

—¿Sí? Soy Burton Marsh.

—¿...?

—¡Señorita Landis! —exclamó—. ¿Qué ocurre? —¿...?

—No, no... No me molesta, de veras... ¿Ocurre algo...?

—¿...?

—Mmm... ¿La nata? Bueno... Por supuesto, debe estar bien batida y con mucho azúcar. Las guindas se ponen luego, claro...

¿Cómo?

—¿...?

—Oh, sí... Cuantas más guindas, mejor. Claro, ha de... formar una masa espesa, llenita de ricas guindas. Luego se pone en el congelador todo el pastel. Y queda muy bonito si algunas de las guindas se ponen por encima. ¿Va usted a hacer un pastel de éstos?

—¿...?

—Vaya, lo está haciendo ya... Demonios, me gustaría hincarle el diente, se lo aseguro...

—¿...?

—¿Me invita a probarlo? Bueno, es usted muy amable... Espero que tenga suficiente azúcar.

—¿...?

—¿Ha comprado diez libras? ¡Formidable! Pero no lo gaste todo en el pastel. ¡Brrr! Estaría repugnante. Oh, estoy pensando que si por fin ha comprado azúcar, no podré verla mañana por la mañana...

—¿...?

—¿Insiste en...? Entiendo, estoy invitado a pastel... Bueno, es formidable la idea. Llegaré a las seis y media. ¿Bien?

—¿...?

—Ese trabajo ha sido resuelto de pronto, de modo que no me retrasaré. A las seis y media, sí. Hasta luego.

Colgó, recogió el bono falso de la

I. T. T. C.

y lo guardó muy cuidadosamente doblado.

—¿Nos vamos, Archie? Tú irás a ese despacho de la Quinta Avenida, mientras yo voy a ver a «Machine» Stone, el gran falsificador.

—Que tú mismo metiste en la cárcel... ¿Era la señorita Landis, tu vecinita?

—Sí. Me invita a pastel de nata con guindas. ¿No es encantadora? Claro que... es lo menos que puede hacer, con la de azúcar que ha llegado a pedirme.

—Seguro. Lo que me pregunto es cómo ha sabido tu teléfono, el teléfono de la Delegación.

—No eres muy listo, muchacho: el teléfono del F. B. I, está en la portada de todos los directorios telefónicos.

—Eso lo sé.

—Pues entonces... ¡Demonios! —Casi gritó—. ¡Lo sabe! ¡Esa chica sabe que trabajo para el

F. B. I.!

—Eso parece... —rió Archie—. ¡Y a pesar de saber que tú eres todo un

G-man

, no ha pedido tu mano!

—Dale más tiempo —sonrió Burton—. Bueno, vamos a nuestros respectivos trabajos, Archie.

CAPÍTULO III

Era un tipo con cara de malas pulgas, ojos pequeños y astutos, flaco, pero fuerte, de estatura mediana. Entró en la sala especial para visitas a los reclusos con el ceño fruncido, y la gorra de recluso en la mano, incómodo dentro de su gris uniforme con un número en el pecho. Se quedó mirando hoscamente a Burton Marsh, en pie, silencioso.

—Siéntate, «Machine»... —indicó Burton—. ¿Me recuerdas?

«Machine» Stone le dirigió una mirada fulminante, se sentó y soltó un gruñido.

—Es usted muy gracioso, señor Marsh... —refunfuñó—. Me mete en la cárcel por unos cuantos años y ahora viene a preguntarme si le recuerdo.

—He comprobado que a veces los delincuentes tenéis muy mala memoria... Por eso reincidís, «Machine».

—Al grano, federal.

—¿Me guardas rencor?

Stone lo miró con divertida furia.

—¿Usted qué cree?

—Me temo que sí —suspiró Burton—. Y por tanto, te resistirás todo lo posible a colaborar conmigo. ¿Es así, «Machine»?

El recluso se quedó mirando al hombre del F. B. I, como si éste se hubiera vuelto loco.

—¿Colaborar con usted? Mire, de mí no se pitorrea ni mi señor padre, conqu...

—Calma... Calma, «Machine». Ya he contado con ese contratiempo. Sabía que te cerrarías en cuanto te pidiera ayuda. Pero antes que nada, quiero que eches un vistazo a esto. Luego, ya verás cómo llegamos a un acuerdo.

Sacó el bono de la

I. T. T. C.

y lo dejó encima de la mesa, al alcance de Stone, sentado al otro lado. El recluso se quedó mirando el bono unos segundos. Miró al federal, miró de nuevo el bono y lo cogió. Lo frotó entre sus dedos, lo miró al trasluz y luego de modo normal...

—Por fin movió admirativamente la cabeza.

—Fiiiúuu... —Silbó.

—Buen trabajo, ¿verdad? —sonrió Burton Marsh.

—Muy bueno.

—¿Quién lo ha hecho, «Machine»?

—¿Cómo quiere que yo sepa...?

—Un momento... —Marsh alzó una mano—. Un momento, «Machine». No perdamos el tiempo. Dime si me equivoco: ¿te llaman «Machine» porque te gustan mucho las máquinas?

—Claro —gruñó Stone.

—Muy bien. Según sé de ti, nada hay en la vida que te guste tanto como las máquinas. Especialmente las de imprimir. Te gusta trabajar de impresor, te encanta el olor de la tinta, los buenos papeles, las impresiones difíciles... Digamos que naciste predestinado para estas cosas de imprenta. Entre máquinas de ésas, tú eres feliz. Lástima que te dedicas a falsificar, utilizando ese desperdiciado donde dibujante y grabador que...

—¿Adónde quiere usted ir a parar?

—¿A qué te dedicas aquí, en la prisión?

—A la limpieza —masculló Stone.

—Bien... ¿Te gustaría entrar en la imprenta del penal? ¿Te gustaría trabajar en la imprenta, «Machine»? Nada de escobas. Cada día, a la imprenta, a oler tinta, a oír el hermoso sonido de las máquinas, a tocar buen papel... ¿Te gustaría?

«Machine» Stone había palidecido visiblemente. Su voz sonó ronca, tensa:

—Lo pedí, y me lo negaron. Parece que temen que me dedique a fabricar dólares falsos en la prisión, o algo así.

—Eso sería muy propio de ti. Ahora, escúchame bien: te quedan todavía cuatro años para salir de aquí, si te portas bien. Ésta es mi oferta: ayúdame, y cuando salgas de esta sala de visitas irás directo a la imprenta. Una vez en ella, nadie te sacará de allí, excepto para

volver a tu celda cada noche... A menos, claro está, que te dediques a hacer falsificaciones.

Stone se pasó la lengua por los labios. Todavía estaba más pálido que antes, y sus ojos brillaban intensamente.

—¿Usted puede... conseguir eso... para mí?

—Puedo. Y me gustaría ayudarte, «Machine», ya que, a fin de cuentas, yo te metí aquí.

El recluso asintió con la cabeza.

—¿Qué quiere saber? —musitó.

Burton Marsh alzó de nuevo el bono falso de la

I. T. T. C.

—¿Quién lo ha hecho, «Machine»?

* * *

El inspector Spollane alzó la mirada de la lista y aprobó con la cabeza.

—Cinco hermosos nombres... Buen trabajo, Burt. ¿Cómo lo conseguiste?

—Hice feliz a «Machine», señor: ya debe estar trabajando en la imprenta del penal. Si se porta bien, tiene cuatro años por delante que casi le resultarán felices.

—Ése es todavía un mejor trabajo, muchacho. Me gusta tu técnica. Emmm... Respecto a estos cinco señores, creo que me interesaré debidamente por ellos. Espero poder decirte algo dentro de dos o tres horas.

—Estupendo. ¿Y Archie...?

—Te está esperando en White Plains. Parece que encontró algo en la oficina de la Quinta Avenida y se fue como una bala a White Plains. Dice que parece una buena pista.

—Hum.

—Eso he dicho yo... —sonrió secamente Spollane—. Lo más malo que hay en la vida es creerse más listo que el resto del mundo, Burt... Es, generalmente, el mejor sistema para fracasar e incluso crearte enemigos. Con esto quiero decir...

—Que nosotros no somos los más listos del mundo, y que si los *T-men*

, por ese lado, no encontraron nada, nosotros tampoco lo encontraremos. Resumiendo: una pista falsa, señor.

—Es de temer. Los chicos del Tesoro tienen las narices muy largas y sensibles. Si ellos han fallado, no es por ineptitud, sino porque todo estaba calculado. Y así sucederá también esta vez, creo. Pero tenemos estos cinco nombres, y en esta pista sí confío..., de momento. Mientras me intereso por ellos, puedes ir a reunirte con Archie en White Plains. Investigad bien lo que sea. Eso os llevará no menos de tres horas, pues quiero que lo hagáis con calma. Para cuando volváis, ya sabré algo de estos caballeros.

* * *

—¿Y bien?

Archie Boone movió negativamente la cabeza.

—Nada, señor... —masculló—. La pista nos llevó hasta una casita de White Plains que había sido alquilada hacía un par de semanas por un tipo...

—¿Uno solo?

—Sí, señor.

—¿Alto, elegante, educado...?

—No, señor. Viejo, casi sucio, greñado, irritable... Una vez la hubo alquilado, ya no apareció más por allí. Ayer por la tarde... No, perdón. Ayer por la mañana, un hombre llegó al jardín de la casita en helicóptero. Dejó el helicóptero allí y se fue, a pie, nadie sabe adónde. Por la tarde, dos hombres llegaron allá...

—¿Altos, elegantes, educados...?

—No, señor. Al menos, no muy elegantes. Bueno, quiero decir que si estaban elegantes sería con sus equipos de caza, no con trajes de calle bien cortados.

—Entiendo —sonrió Spollane—. Bueno, vamos a dejar eso, porque a nada nos va a conducir. A menos que alguien se fijase especialmente en el helicóptero, tomase sus números o...

—Nada.

—Mala suerte. Yo también he trabajado, muchachos, y puedo deciros algo sobre cada uno de los cinco tipos de la lista. Demonios, sentaos de una vez.

Se sentaron los dos, y Spollane señaló la caja de cigarrillos. Esperó a que los dos hubieran encendido uno.

—Bien... El primero de la lista habrá que olvidarlo, porque está ni más ni menos que cumpliendo condena en Alcatraz. También

será conveniente olvidar al segundo, porque está en Europa, seguramente haciendo de las suyas, cosa que por el momento no nos incumbe. El número cuatro...

—¿Y el tres, señor?

—Calma. Digo que el número cuatro está viviendo en Los Ángeles, rutinariamente vigilado. Parece que ha preferido volver al buen camino. Se casó, tiene ahora dos hijos, y trabaja honradamente. Ojalá sea así para siempre. Y ahora, vamos a por el tercero... Se llama Randy Fellows, y las últimas noticias que se tienen de él indican que estaba trabajando como chófer en una villa de New Jersey, propiedad de un millonario llamado Farley Newlander.

—Vaya... ¡Por fin algo! —exclamó Archie.

—Un momento... —Lo apaciguó Burton—. «Machine» me dio esta lista recalcándome que él había oído hablar, dentro de su mundillo, de estos tipos como los mejores en su «oficio». Pero no quiere decir que ninguno de ellos sea el artífice de estos bonos falsos.

—Pero habrá que seguir las pistas que tenemos, ¿no? —Gruñó Archie.

—Claro. Eso sí...

—El quinto —dijo el inspector— se llama George Willey, también nombre verdadero. Ha sido visto últimamente por Nueva York, pero no podemos localizarlo, de momento. Es ya un poco mayor, hace años que no ha hecho nada, y se le ha ido... dando cuerda larga.

—Habrá que buscarlo —opinó Archie.

—Yo me encargo de dar esas órdenes a nuestros confidentes... —dijo Spollane—. Seguramente, si está en Nueva York, lo encontraremos. No creo que sea difícil. Mientras tanto, sería conveniente que fueseis a hacerle una visita a ese Randy Fellows. Buscad en el listín la dirección del millonario Farley Newlander, y os plantáis allá. A ver qué dice Randy Fellows.

CAPÍTULO IV

¿Qué darías por tener una quinta como ésta, Archie?

—Lo que me pidiesen..., si tuviera el dinero. Ahí viene ese tipo.

El hombre que les había abierto la gran puerta doble de la verja se acercaba allá, después de haber hablado por el teléfono con alguien de la casa, que apenas se vislumbraba al fondo, por entre los bonitos árboles, los macizos de flores... Una quinta formidable, con tupido césped, brillante colorido de las primeras flores de primavera, que despedían un grato aroma... También se percibía, suavemente, el aroma incomparable del mar, muy cerca de allí... Todo era bello, perfecto, magnífico...

—Por favor, pasen. A pie, si no les molesta... A la señora Newlander le molesta mucho el ruido de los coches.

—Estoy de acuerdo con ella —asintió Archie—. No se moleste en acompañarnos.

—Como guste, señor.

Recorrieron sin prisa el sendero amplio y fresco que llevaba a la gran casa, con columnata de blanco mármol. Vieron la piscina, la pista de tenis, olieron las flores... Pasaron muy cerca de un sofá-balancín, de bonito colorido, con toldilla, que estaba alzada.

—De buena gana me tumbaría ahí... —dijo Archie—. Tengo los pies ardiendo. Tendrían que autorizarnos a trabajar en zapatillas deportivas, ¿no crees, Burt?

—Y sin corbata. Y en lugar de camisa, claro, un buen jersey deportivo, muy cómodo.

Archie Boone torció el gesto.

—Creo que no quedaría muy serio... De acuerdo, seguiré trabajando sobre zapatos.

En la puerta les esperaba un hombre, alto, serio, grave, que los

miró con indiferencia mientras subían la corta escalinata. Burton se detuvo ante él.

—El señor Newlander nos está esperando.

—Sí, señor. Por aquí, por favor.

Entraron en la casa, y Archie se dedicó, durante el recorrido, a calcular cuánto necesitaría para comprar una igual, con bonitas lámparas, buenos cuadros, magníficas alfombras... Casi tropezó con Burton cuando éste se detuvo, ante una gran puerta de doble hoja, que el mayordomo empujó, tras llamar con los nudillos. Entraron, la puerta se cerró tras ellos..., y los dos se quedaron petrificados un instante, con los pelos de punta, al ver ante ellos a los dos ferocísimos mastines de negro pelaje, gruñendo sordamente, enseñando los enormes dientes, la boca roja, los ojos relucientes...

Archie Boone llevó inmediatamente la mano a su sobaco izquierdo, retrocediendo un paso, casi pálido.

—«Flop», «Din»... Callaos. Al rincón... ¡Vamos, al rincón!

Los dos perrazos se alejaron, de mala gana, hacia el rincón del enorme *living* donde se veían algunos almohadones en el suelo. Se tumbaron sobre ellos y se quedaron mirando a los agentes del F. B. I.,

alertas, gruñendo sordamente todavía unos segundos.

—Disculpennos... No son amigos de nadie. Incluso nuestros criados han de ir con cuidado con ellos. ¿Dicen que vienen a...?

—No lo hemos dicho aún... —musitó Burton—. ¿Señor Newlander?

Se lo quedó mirando. Un hombre alto, recio, de cabellos grises y abundantes, gran cabezota de rasgos inteligentes, bien formada. Debía tener unos sesenta años, pero los soportaba magníficamente, con su alta estatura, su reciedumbre. Llevaba unos lentes oscuros que no permitían ver sus ojos, de cristales redondos, casi tirando a azul. Estaba en batín, muy elegante y serio.

—Yo soy Farley Newlander, sí. ¿Ese importante asunto que...?

—Burton Marsh, del F. B. I... —Burton colocó su credencial muy cerca de los ojos de Newlander—. Mi compañero es Archie Boone... Del F. B. I, también, desde luego.

No hubo expresión alguna en el rostro de Farley Newlander, que se volvió ligeramente, señalando hacia el gran sofá rojo, donde estaba la sensacional rubita de los ojos claros que Archie ya miraba

con contenida admiración. ¡Menuda hija tenía el señor Newlander...!

—Mi esposa —presentó Newlander.

—Los

G-men

efectuaron una inclinación de cabeza, correspondiendo a la sonrisa de la muchacha, que, como mucho, tendría la mitad de la edad de su esposo. Archie tragó saliva y se dijo que además de la casa, Farley Newlander se había comprado también una linda esposa. La idea no era mala. Con dinero...

—Siéntense, por favor... —dijo la rubita, con voz angelical—. ¿Quieren tomar algo?

—No, gracias.

Se sentaron. Newlander los estuvo mirando unos segundos, o así lo parecía al menos. Era imposible ver sus ojos. Pero él sí debía darse cuenta de los esfuerzos que hacía Archie para no mirar las descubiertas piernas de la rubita, que parecía derretirse de cansancio, en batita ligerísima y cortísima sobre el sofá. Por fin, Newlander se sentó junto a ella y sus cejas se alzaron visiblemente.

—Ustedes dirán...

—Es sobre Randy Fellows, señor Newlander. Tenemos entendido que trabaja para usted...

—Trabajaba.

—Oh... ¿Ya no?

—Ya no.

—Vaya... Es mala suerte... ¿No sabe dónde podríamos encontrarlo?

—No tengo ni idea. ¿Ha hecho algo... desagradable?

—Es pronto para asegurar eso, señor Newlander. En realidad, se trata de... una comprobación. Nos gustaría charlar con Randy Fellows, simplemente.

—Lo lamento, pero, como le digo, ya no está aquí.

—¿Lo despidió usted o se fue él?

—Digamos que llegamos a un acuerdo. Al principio, Fellows me pareció un buen muchacho, simpático... A mi esposa le hacía mucha gracia, con sus grandes orejotas, su sonrisa de niño bueno... Pero me pareció que era mejor no tenerlo en casa.

—¿Puedo saber por qué, señor Newlander?

—Bueno... Pequeñas cosas que no eran de mi agrado. Me pidió algunos anticipos, resolvía asuntos particulares utilizando mis autos, a veces llegaba tarde a recogerme... Ustedes pensarán que son cosas de poca importancia, pero a mí me gusta todo lo más perfecto posible. Quizá sea un poco exigente, pero...

—Entiendo su punto de vista. En definitiva, podemos decir que fue una simple... disconformidad por su parte con los servicios de Randy Fellows.

—Pues sí... Puede decirse así. Naturalmente, le indemniqué. Me pareció que incluso se alegraba de marcharse.

—¿Cuándo fue eso?

—Debe hacer cuatro o cinco semanas. No recuerdo bien.

—¿Tenía Fellows otro empleo que a él le parecía mejor, quizá?

—Lo ignoro completamente. Ni me pidió ni me dio explicaciones. Aceptó mi indemnización, se fue... y eso es todo. A veces lo lamento, porque no es fácil encontrar un buen chófer. Ya ve: por el momento, tengo que conducir yo mismo mis autos.

—Entiendo. Señor Newlander: ¿sabe usted si Randy tenía... alguna otra actividad?

—Supongo que sí, porque pedía muchos permisos, anticipos... Pero no tengo ni idea de cuáles podían ser esos asuntos. Por supuesto, no me interesaban lo más mínimo.

—Es natural. ¿No lo han vuelto a ver?

—No.

Burton Marsh miró con amable sonrisa a la rubita, tan linda, tan blanca, tan preciosa, tan lánguida.

—¿Y usted, señora Newlander? ¿Tampoco podría orientarnos sobre Randy Fellows?

—Tenía las orejas muy grandes.

—¿Eso es todo?

—Era simpático... —sonrió la rubita—. No sé nada más. Cierto que me llevó en coche muchas veces, claro. Yo detesto los coches, no quiero ni aprender a conducir... Pero los uso cuando no hay más remedio, por supuesto.

—Claro. ¿Nunca hizo Fellows algún comentario... personal?

—Nunca. Era muy amable y simpático, sonreía mucho... Pero nunca hablaba de él. Hacía su trabajo, más o menos bien, y eso era todo.

—Emmm... ¿Nunca intentó venderles nada?

—¿Randy? —se asombró la rubita—. ¿Vendernos...? ¿A qué se refiere?

—No sé... ¿Nunca les hizo una buena oferta de algo, algún negocio de envergadura?

Deborah Newlander miró a su marido, desconcertada, como consultándole. Farley Newlander también parecía desconcertado.

—¿A qué se refiere usted exactamente, señor Marsh?

—A bonos de la International Telephone and Telegraph Company.

Farley Newlander quedó estupefacto.

—No comprendo... ¿Sugiere usted que Randy me ofreció bonos de la

I. T. T. C.?

—Sólo le pregunto si lo hizo, señor Newlander.

—No, no... ¡Es absurdo! ¡Claro que no!

—Claro... ¿Podríamos echar un vistazo al cuarto de Fellows, señor Newlander?

—¿Para qué?

—Bueno... Si nadie lo ha ocupado todavía, es posible que encontremos allí algo que nos dé una pista sobre su actual paradero. Quizá una carta, una tarjeta postal, un número de teléfono...

—El cuarto fue limpiado, arreglado y cerrado, señor Marsh. Pero, desde luego, si lo creen necesario, pueden examinarlo a su gusto.

—Se lo agradeceríamos mucho, de veras.

Farley Newlander apretó un timbre y casi al instante la doble puerta del *living* se abrió, dejando visible al mayordomo, que miró no sin inquietud hacia los dos mastines, que volvían a gruñir.

—Por favor, Jonathan, lleve a los señores al cuarto de Randy. Y ayúdeles si precisan cualquier cosa... ¿O debemos ir nosotros también, señor Marsh?

—No, no, por favor... No se molesten. Procuraremos tardar lo menos posible.

* * *

—¿Encontraron algo de interés, señor Marsh?

—Nada en absoluto. De todos modos, agradecemos mucho su

amabilidad.

—Mi esposa y yo hemos... estado comentando esto, señor Marsh. Y no quisiéramos... Bueno, quiero decir que si Randy hizo algo que pueda involucrarnos a nosotros, querría saberlo, a fin de...

—No, no, señor Newlander. En primer lugar, no estamos seguros de que Randy Fellows haya hecho nada. Y en segundo lugar, si hemos venido aquí no es porque... pensemos nada de ustedes, sino porque era el único modo de localizarlo. Supongo que ustedes ignoran que Randy estaba fichado por pequeños delitos de falsificación y fraude.

Los Newlander quedaron petrificados. La rubita se alteró menos que su esposo, que palideció bruscamente.

—Pero él... ¡él nunca nos dijo...!

—Es natural, señor Newlander —sonrió Burton.

—Tan simpático y buen muchacho que parecía... —musitó ella.

—Así son... Perdonen... —Se habían oído unos apagados zumbidos, de modo que Burton sacó su radio de bolsillo y admitió la llamada—. Burton Marsh. ¿Qué hay?

—¿Dónde estáis, Burt? —Se oyó la voz de Spollane.

—Con los señores Newlander.

—¿Y...?

—Nada, señor. Fellows se fue de la casa, y eso es todo. Hemos registrado el cuarto que tuvo, en el pabellón del servicio, pero no hemos encontrado nada. Los señores Newlander tampoco tienen ni idea de dónde puede estar.

—Bueno, parece que yo he tenido más suerte... Han localizado al otro, a George Willey.

—Magnífico, señor. Vamos allá inmediatamente. ¿Dónde...?

—En Manhattan. Apartamento siete C, en el doscientos setenta y cinco de la Tercera Avenida. Es un rascacielos de veinte pisos. Parece que George Willey está bien de fondos.

—Eso es interesante. Salimos inmediatamente para allá, señor. Le llamaré.

—De acuerdo.

Marsh cerró la radio, la guardó y sonrió simpáticamente a los Newlander.

—Perdonen la interrupción. Decía... Ah, sí. Bueno, así son las cosas, señor Newlander. Quien ha estado en situaciones

desagradables procura ocultarlo, para evitarse futuras complicaciones. Bien, no les molestamos más... Han sido muy amables.

—Señor Marsh —habló la rubita, con su vocecita de angelito—: ¿entiendo que regresan ahora a Manhattan?

—Así es, señora Newlander.

—¿Tendrían inconveniente en llevarme?

—Por supuesto que no. Encantados, se lo aseguro... ¿Adónde quiere usted ir?

—Según parece, ustedes no tienen tiempo que perder. Bastará con que me dejen en Manhattan, allá donde se detengan. Luego tomaré un taxi... A menos, querido, que tú me lleves...

—Bueno, Debbie, perdona... —musitó Newlander—. Sabes que siempre vengo harto de Manhattan. Si no te importa, y puesto que el señor Marsh y el señor Boone van hacia allí...

—Para nosotros será un placer, de veras —insistió Burton.

—Entonces, voy a cambiarme. ¡No tardo ni un minuto!

Tardó solamente cuatro, lo cual, ciertamente, era todo un récord. Apareció con un precioso vestidito de tarde, zapatitos azules, bolsito del mismo color... No se había peinado, pero eso era lo que más gracia hacía de ella.

—Lista... Quizá venga un poco tarde, querido —lo besó en una mejilla—. Hacia las diez, calculo.

—Pero bueno..., ¿adónde vas?

—A ver a Maggie. ¿No recuerdas?

—Pues no...

—Oh, vamos, Farley... Incluso prometiste venir conmigo. Ella me llamó esta mañana, dijo que había recibido por fin el collar que Robert le regalaba para...

—¡Lo había olvidado! ¡Oh, lo siento, Debbie...!

—Entonces, ¿vienes?

—Bueno... ¿Te importa que yo vea otro día ese collar?

—En absoluto. ¡Pero yo me muero de ganas de verlo, querido!
¡Hasta luego!

Lo volvió a besar y se volvió hacia los
G-men,

que sonreían comprensivamente. A fin de cuentas, aunque una mujer sea millonaria, le gustan esas cosas. Naturalmente, el collar

debía ser algo sensacional, carísimo...

—Les agradezco mucho su amabilidad. ¡Detesto conducir!

—Estamos a su disposición, señora Newlander.

CAPÍTULO V

Bien, señora Newlander, hemos llegado. Con gusto la llevaría hasta...

—No, no... Han sido muy amables y simpáticos. Ahora tomaré un taxi y luego el chófer de Robert me llevará a casa. Muchas gracias, señor Marsh, señor Boone... Oh, y si recordase algo de Randy, o le viera por ahí, les llamaría para decírselo.

—Estupendo —sonrió Burton.

Se apearon los dos y Archie ayudó a la rubita a salir del coche. Ella se alejó, y Archie se quedó hipnotizado mirando aquellas piernas perfectas, magníficas...

—Ahí viene Oscar —dijo Marsh.

Oscar Denton, otro agente del

F. B. I.,

se detuvo junto a ellos, todavía mirando a la sensacional señora Newlander.

—Fiiiúuu... ¿De cuál de los dos es esa preciosidad?

—De un tipo llamado Newlander, millonario por más señas.

—Oh, vaya... En fin, paciencia. El jefe me envió para allanaros el terreno.

—¿Sí? ¿Y qué has hecho para conseguirlo?

—Nada importante. Pero puedo deciros que George Willey está arriba, solo. Apartamento...

—El siete C, tío listo.

—¿Subo con vosotros?

—No. Vete a ver si hay algo para ti en la Delegación. Archie y yo nos encargaremos de Willey.

—Pues hasta luego.

—Adiós, Oscar.

El

G-man

se alejó, hacia donde tenía estacionado el auto del Servicio. Marsh y Boone lo vieron marchar, y entonces se volvieron hacia el edificio de veinte pisos.

—Vayamos a ver al tipo ése —dijo Burton.

* * *

George Willey abrió la puerta del apartamento y quedó estupefacto.

—Señora Newlander... ¿Qué hace usted aquí? —exclamó al fin.

La rubita entró en el apartamento, cerró la puerta y señaló hacia el fondo.

—En menos de un minuto, dos agentes del F. B. I, van a subir a este apartamento, George. Quítate la bata, ponte una chaqueta y vámonos.

—¿Adónde? —Se asustó Willey.

—Al cielo... —sonrió ella—. ¡Date prisa! Alderman y Simons ya deben estar rondando la azotea con el helicóptero.

—¡Con el helicóptero! Pero ¿qué pasa? ¿Por qué...?

—¡No hay tiempo que perder, George!

—Sí... Está bien, ya me cambio... Veré si hay en el apartamento algo que pueda servir al F. B. I, para...

—¡No seas estúpido! ¡Sabes muy bien que no hay nada en este apartamento que pueda comprometerte a ti, ni a nadie! Simplemente, ponte una chaqueta, coge unos zapatos y vámonos a toda prisa a la azotea... ¡Ya te los pondrás arriba!

Willey parecía no saber qué hacer. Se había quitado la bata y puesto la chaqueta de calle. Luego había recogido los zapatos, a toda prisa, pero estaba claro que no sabía si ponérselos en los pies o en la cabeza. Deborah Newlander tiró de él hacia la puerta del apartamento, nerviosamente.

—¡Vamos! ¡No puedes imaginarte lo que me ha costado entrar aquí sin que me vieran esos federales! Estaban a menos de cien pies de la puerta del edificio...

—Pero voy descalzo...

—¡Tomaremos uno de los ascensores! ¡Ya te pondrás los zapatos cuando estemos volando!

Abrió la puerta, lo empujó afuera y salió tras él, directa hacia el ascensor derecho, el que llevaba del piso primero al vigésimo por la vía rápida. El otro, el más lento, estaba en el segundo piso, según la aguja. Pulsó el botón, la aguja de aquel ascensor se puso en marcha y rebasó la posición del otro al llegar al séptimo piso. Entraron a toda prisa, cerraron las puertas, y se lanzaron hacia arriba..., justo cuando las puertas del otro ascensor se abrían y aparecían en el pasillo los dos agentes del

F. B. I.

—Ahí está —señaló Archie—: el siete C, Burt.

—Llama.

Archie fue hacia allá. Cuando llegó Burton, su compañero estaba mirando con el ceño fruncido la puerta, entreabierta. Cambiaron una mirada casi sobresaltada y Burton empujó la puerta, haciéndose un lado.

—O no está o... —sentenció Archie.

Burton Marsh fue el primero en entrar. Archie lo hizo inmediatamente, cerrando. Como si se hubiesen puesto perfectamente de acuerdo, se repartieron el espacioso apartamento. En menos de diez segundos volvieron a encontrarse en el *living*. Movieron negativamente la cabeza y quedaron sombríos, con el ceño fruncido. Burton recogió la bata que estaba en el suelo. Luego miró las zapatillas, tiradas en el umbral del dormitorio.

—Un hombre muy descuidado —musitó Archie.

—Quizá no sea soltero —sugirió Burton—. Dime una cosa, Archie: ¿nos dijo Oscar que Willey estaba aquí..., o yo lo he soñado?

—Oscar dijo que Willey estaba aquí. Y ya conoces a Oscar: si él dice que el sol sale de noche, es que el sol ha cambiado de costumbres. O sea, que Willy estaba aquí no hace mucho.

—El ascensor —musitó Burton—. ¡El ascensor rápido, Archie!

—¿Crees...?

—¡Vamos arriba!

—Espera... Espera, Burt... ¡Ven a la ventana!

Archie Boone la abrió de un tirón. En seguida los ruidos mil de la calle llegaron, muy poco amortiguados, hasta el séptimo piso. Más claramente que esos ruidos llegó hasta ellos el de un helicóptero, muy cerca...

—¡Ahí! —señaló Burt.

El helicóptero se veía claramente, brillante, por encima de ellos, acercándose al borde de la azotea del edificio.

—¡Vamos arriba! —gritó de nuevo Burton.

Se estaban separando los dos de la ventana cuando el grito resonó, claramente, de modo escalofriante, en la noche recién llegada... Un grito agudo, crispado, angustioso... Un largo alarido que les puso los pelos de punta.

Se asomaron justo a tiempo de ver pasar a menos de seis pies de ellos un cuerpo, que descendía mortalmente hacia la Tercera Avenida.

—¡Ve abajo! —chilló ahora Burton—. ¡Yo iré arriba!

Y salieron del apartamento como disparados por un cañón.

* * *

Segundos antes, Deborah Newlander y George Willey habían llegado a la azotea. Ella había señalado en seguida hacia el helicóptero, que parecía, efectivamente, estar rondando por allí, a la expectativa.

—Ahí los tenemos, George. ¡Nos iremos en él!

—Pero no entiendo nada... ¡Nada! ¿Cómo sabe el F. B. I...?

—¡No hagas preguntas ahora! ¡Tienes que desaparecer, eso es todo! ¡Vamos al borde de la azotea, no hay tiempo que perder! ¡Y deja de intentar ponerte los zapatos, ya tendrás tiempo!

—Sí... Sí, perdone...

—¡Vamos!

Corrieron hacia el borde de la azotea. El helicóptero estaba ya muy cerca de ellos, y estaba deteniendo su marcha horizontal, para adoptar el vuelo de suspensión, que le permitiría permanecer en la azotea sin tocarla siquiera.

—Está bien... —dijo nerviosamente la rubita—. Apóyate aquí y ponte esos malditos zapatos de una vez, no sea que pierdas alguno y dejes una pista.

—En seguida...

George Willey se apoyó de riñones en el borde de la azotea, dejando ahí un zapato, mientras se dedicaba frenéticamente a ponerse el otro. Quedó con un pie alzado, metiéndolo a toda prisa en el zapato, mirando hacia el helicóptero, que estaba ya

suspendido a poca distancia de ellos, sobre la azotea.

—Será mejor que me los ponga en... ¡Señora Newl...! ¡No!

La vio perfectamente, delante de él, con las manos extendidas. Recibió la doble palmada en los hombros, y su cuerpo se venció hacia atrás... Por un instante pareció que fuese a quedar doblado sobre el borde de la azotea, de espaldas. Pero Deborah Newlander lo empujó por los pies frenéticamente y su cuerpo saltó al vacío desde aquella altura de veinte pisos...

—¡¡¡AAAHHHaaaAAAhhhAAA...!!!

Su alarido se perdió hacia abajo rápidamente, como si se fuese hundiendo en un pozo sin fondo, negrísimo, que absorbía los sonidos... No. Negrísimo del todo, no. Abajo había luces de colores y el brillo del asfalto, de coches, de cristales...

La rubita cogió el zapato que había quedado en el borde de la azotea y lo tiró detrás de George Willey. Luego, a toda prisa, se volvió hacia el helicóptero, corriendo. Unos brazos de hombre aparecieron por la abierta puertecilla y la asieron por los brazos, tirando con fuerza hacia arriba, colocándola rudamente en el helicóptero.

—¡Vámonos! —jadeó Debbie Newlander.

Se oyó con más fuerza el zumbido de los motores y el aparato se elevó rápidamente en vertical.

Aún no había empezado a ladearse cuando en la azotea apareció un hombre, pistola en mano, mirando hacia allí...

—¡Arriba, arriba! —chilló Deborah, encogiéndose.

—¿Quién es? —gritó Alderman.

—¡Del

F. B. I.!

¡De prisa, que no tenga tiempo de vernos!

—Pues nosotros le vemos bien a él. Yo podría...

Se encogió súbitamente al oír el rebote de la bala en el fuselaje del aparato.

* * *

Burton Marsh disparó todavía tres veces más antes de comprender que con una pistola bien poco podría lograr contra aquel aparato que se perdía hacia el cielo.

Guardó rabiosamente la pistola y se quedó mirándolo furioso. Ni

siquiera había podido ver a ninguno de sus ocupantes, debido en parte a la oscuridad, y en más parte aún al brillo de la carlinga en forma de huevo.

El helicóptero se perdió rápidamente en la noche, y el agente del F. B. I., disgustado, irritado consigo mismo, se acercó al borde de la azotea para mirar hacia abajo. El aire suave, primaveral, agitó sus rubios cabellos lacios... Pero no fue ese aire casi amable lo que le hizo estremecerse, sino aquella altura de vértigo, de veinte pisos más abajo, aquellas manchitas que se veían apelonadas debían ser personas que acudían a ver lo que quedaba de un hombre tras el espeluznante salto... Se oía ya la sirena de un coche policial.

Dio media vuelta, encaminándose a la puerta de la azotea.

* * *

Apartó casi rudamente a los curiosos y se acuclilló junto a Archie, que estaba muy pálido, casi desencajado el rostro.

—Burt... Es horrible...

—¿Es Willey? —preguntó fríamente Marsh.

—Bueno, yo... No sé aún...

La gente comenzó a ser apartada por los policías del coche, que estaba detenido junto al bordillo, con su luz azul girando. El jefe del coche se detuvo ante los federales.

—Ustedes, hagan el favor de...

—

F. B. I.

—dijo Marsh—. Que se aparten todos, sargento. Y llamen a la Morgue.

—Sí, señor.

Los agentes de uniforme se dedicaron a agrandar el círculo de curiosos, apartándolos. El sargento policial fue al coche para llamar por el radioteléfono. Archie Boone se había puesto en pie, todavía pálido, impresionado.

Burton Marsh también estaba impresionado viendo «aquello», pero no perdió del todo la presencia de ánimo. Introdujo la mano en un bolsillo interior de la chaqueta manchada de sangre. Luego en el otro...

Sacó la billetera y la abrió cuidadosamente. El permiso de

conducir tenía claramente escrito el nombre: George Willey. No podía ser de otro modo ciertamente.

—Es él, Archie.

—¿Qué...?

Burton se incorporó.

—Era él —dio una palmada en el hombro de su compañero—. Está bien, creo que podemos ir a tomar algo. Un *whisky* doble, por ejemplo. Y se lo diremos al jefe, a ver si se atreve a censurarnoslo.

—Sí... Yo... creo que necesito... ese *whisky*, Burt.

—Y yo también, hombre. Ah, sargento... ¿Ha llamado a la Morgue?

—Sí, señor. Ya vienen... Esto... Si no le importa mostrarme su credencial...

Marsh la enseñó, convenciendo al policía. Señaló el cadáver.

—Que nadie toque nada de ese cadáver. Uno de nuestros hombres irá a la Morgue para registrarlo. Y que nadie se moleste en hacer averiguaciones sobre este... accidente. Nosotros llamaremos al Police Departament para dar las oportunas explicaciones.

—Sí, señor, de acuerdo. Diré que el F. B. I, lleva esto.

—Exacto... ¿Qué es eso?

Un agente de la Policía estaba ante ellos con algo en la mano. Lo mostró.

—Un zapato. Ha debido saltarle...

—También para la Morgue. Nosotros nos vamos, sargento. Nada podemos hacer aquí. Que nadie toque nada sobre todo.

—Puede estar seguro.

Se alejaron los dos. Lejos ya del grupo de gente que insistía en rodear el desagradable amasijo de carne y huesos, Archie miró hacia lo alto y se estremeció.

—¿Viste algo arriba? —musitó.

—El helicóptero.

—¿El...?

—Ajá. Sólo el helicóptero. Ya estaba alto... Disparé tres veces, pero como si nada...

—¿No viste a nadie dentro?

—No. La carlinga brillaba, y, además, debieron encogerse... Vamos a tomar ese *whisky* antes de enfrentarnos con el jefe. Lo olerá, pero eso no importa.

CAPÍTULO VI

—¿Habéis bebido, Burt? —Frunció el ceño Spollane.

—Sí, señor. Hemos tomado un *whisky* cada uno.

—¿Por...?

—¿Usted ha visto alguna vez cómo queda un hombre que ha caído desde veinte pisos de altura?

Spollane se pasó la lengua por los labios y asintió con la cabeza.

—Está bien. ¿Willey?

—Sí, señor. Pasó delante de nuestras narices, aullando, cabeza abajo...

—¿Cayó por una ventana?

—Lo tiraron desde la azotea. Estoy seguro. Alguien lo hizo subir allá y lo tiró a la calle. Luego se marchó en un helicóptero.

—¿Un...? Explicadme eso.

—Sí, señor.

Explicaron cada uno su parte, que encajaba perfectamente, formando un todo. Una explicación de las clásicas en un agente del F. B. I.:

clara, concreta, rápida, precisa, sin un solo fallo.

—Se mueven muy de prisa —musitó Spollane cuando lo supo todo.

—Mucho, señor.

—Bien... Habrá que borrar de la lista a George Willey... ¿Ibas a decir algo, Burt?

—Sí, señor. Empiezo a comprender lo que usted quiso decir con aquello de que olía a más que a quemado: a podrido. Algo no encaja en todo esto.

—Bueno... Me gustaría escuchar lo que estás pensando, Burt.

—Todavía no acabo de entenderlo yo mismo. Pero no es... cosa

corriente este sistema entre falsificadores. Quiero decir que no suelen ser gente de... empuje. Son muy hábiles, muy astutos... Pero casi nunca llegan al asesinato. Aquí hay algo más que esos bonos de la ITTC falsificados.

—¿Por qué crees eso?

—Sesenta y cinco millones de dólares son muchos dólares, señor. Para que usted me comprenda, diré que si yo fuese millonario, habría que buscar con radar al tipo capaz de timarme dos millones con bonos falsos.

—A menos que fueses muy ambicioso.

Burton Marsh reflexionó unos segundos antes de decir:

—Aun así, señor. Dos millones son muchos dólares, insisto. No me desprendería de ellos tan fácilmente. Y menos negociando con unos desconocidos.

—Hay muchos malos negociantes, Burt.

—Es posible. Pero esos malos negociantes difícilmente llegan a millonarios.

—De acuerdo contigo. ¿Y...?

—No sé. Me huele a podrido, pero aún no sé qué es lo que se ha podrido. Seguiré pensando. Quizá sería una buena idea ir a ver al señor Carl Heimer, el último de los malos negociantes, señor. Creo que si le apretamos bien las clavijas, con... delicadeza y astucia, es posible que nos sorprenda con alguna revelación inesperada.

—Sí... Es posible, Burt, es posible. Y la idea no es mala, no. Mmm... Ya es un poco tarde para molestar a tan importante contribuyente. Soy de la opinión de que os retiréis a descansar... y a pensar. Y nada de *whisky*. Un trago es suficiente, creo.

—Sí, señor. ¿Qué me dice de Randy Fellows?

—Nada. Siguen buscándolo. Estamos movilizando a todo el mundo disponible. Los dejaremos que esta noche hagan su trabajo... Nuestros confidentes son buenos.

—Hasta ahora. Me pregunto si serán igual de buenos para encontrar una pista de sesenta y cinco millones de dólares.

—Mañana será otro día. Id a dormir, os quiero bien frescos y descansados a las ocho en punto de la mañana. Mientras tanto, los demás seguirán buscando a Randy Fellows. Cada cual que cumpla su trabajo, no vamos a hacerlo todo nos... Un momento —descolgó el auricular del teléfono—. Inspector Spollane.

—...

—Sí... Sí, sí entiendo.

—...

—De acuerdo, gracias.

Colgó y quedó vacilante mirando a sus agentes.

—¿Ocurre algo, señor? —musitó Archie—. Quiero decir si ocurren más cosas...

—Han llamado de la Morgue. El cadáver de George Willey ha sido... desnudado, digamos. Preguntan si sentimos interés por ver sus ropas, o tomar huellas, o algo... ¿Qué decís?

—Iremos a echarle un vistazo. Quizá encontremos algo interesante, señor.

—De acuerdo. Y queda levantada la prohibición.

—¿Qué prohibición?

—La de tomar otra copa.

—Oh... Bueno, señor, creo que evitaremos ver lo que ha quedado de George Willey. Si no encontramos nada interesante, nos iremos a dormir, y mañana le diremos lo que sea. ¿Le parece bien?

Spollane se tocó la frente con dos dedos.

—Buenas noches, muchachos. Y recordad lo que os dije: sin prisas. Nada de dejar pasar la moneda de veinte dólares por cazar una mariposa, por bonita que ésta sea.

—Buenas noches, señor.

* * *

—Bien —dijo Archie—. Aquí está todo: llaves, encendedor, dinero, pañuelos, cigarrillos, billetera con la documentación, boletos de una atracción de Coney Island, corta uñas especial, una boquilla...

Estaba todo sobre una mesa de blanco, frío, escalofriante mármol. Junto a ellos había un camillero que curioseaba, y el médico forense que se había hecho cargo de aquello que parecía un cadáver.

—¿Nada interesante? —preguntó.

—Nunca se sabe. ¿Seguro que no había nada más en sus ropas?

—Yo no he visto nada. Pero si quiere examinarlas, están a su disposición.

—Mmm... Lo haré. Sí, lo haré —musitó Burton.

—¿Quiere unos guantes de goma?

—No. Me gusta tener mi propio tacto.

—A su gusto. Mañana les diré algo sobre la autopsia, aunque no creo que sepamos nada nuevo. Simplemente, ese hombre se ha despanzurrado bestialmente. Los órganos...

—Se lo suplico —casi gimíó Archie—. No siga. Ya lo vimos, doctor.

—Vengan —sonrió el forense, comprensivo—. Les mostraré sus ropas... ¿Está seguro de que no quiere unos guantes, señor Marsh?

—Sí... Estoy seguro.

Diez minutos más tarde, Burton Marsh, con las manos llenas de sangre seca, dejaba el último resto de la indumentaria de George Willey y se volvía hacia el forense.

—¿Los zapatos? —pidió.

—Oh, sí... Un momento.

Los sacó de una caja y los puso en aquel otro mármol ahora salpicado de costras de sangre y algunas gotas casi frescas. Burton Marsh los examinó detenidamente, palpándolos con todo cuidado, metiendo las uñas por las costuras, apretando las suelas, tirando de los tacones, examinándolos meticulosamente.

—Es curioso —dijo, cuando ya los hubo examinado en vano—. Uno de los zapatos tiene los cordones atados y el otro no. ¿Cree que un lazo puede deshacerse con una caída así, doctor?

—En esas caídas puede ocurrir todo. Sólo hay que imaginarse la velocidad a que el cuerpo se estrella contra el suelo y...

—Sí, entiendo —masculló Burton—. Pero mis experiencias dicen otra cosa. Quizá este hombre tenía puesto un solo zapato... ¿Qué dices tú, Archie?

—Es posible... ¿Quieres decir que lo sacaron descalzo de su apartamento?

—Eso es. O sea, a toda prisa. Dejó la bata por cualquier lado, lo mismo las zapatillas... Se puso la chaqueta, y con los zapatos en la mano subió a la azotea. Desde allí lo empujaron.

—No está mal. ¿Qué hacemos?

—Nos iremos a dormir. Entre unas cosas y otras son casi las once —miró al forense—. ¿Será tan amable de enviar esto, en un paquete adecuado, a la Delegación, doctor?

—Por supuesto. ¿Algo más?

—Buenas noches. Y gracias por todo. Oh... ¿Dónde puedo lavarme las manos?

Riendo, el forense señaló al enfermero.

—Dick lo llevará allá y le dirá cómo debe hacerlo. Hasta... la próxima, muchachos.

* * *

Dejó el coche en el garaje, bajó la puerta y fue hacia la casa pensativo. Ciertamente todo aquello comenzaba a olerle de un modo especial. Era bastante experto en falsificaciones y fraudes, motivo por el cual, sin duda, el inspector Spollane le había llamado a él para hacerse cargo del caso. Sí... Bastante experto. Tanto, que no dejaba de olerle a podrido la muerte de George Willey. Los falsificadores, normalmente, no son gente de empuje, de los que asesinan tirando a un cómplice por una azotea... ¿Qué había detrás de todo aquello? Desde luego, estaba seguro, había algo más que la simple falsificación de unos bonos de la International Telegraph and Telephone Company... No. La International Telegraph and Telephone Company, eso era. Bueno..., ¿qué más daba? De todos modos, la sigla era la misma:

I. T. T. C.

Sesenta y cinco millones de dólares timados con bonos falsos. Quizá la pregunta correcta fuera: ¿a dónde habían ido a parar nada menos que sesenta y cinco millones de dólares? Olía tanto a podrido, apestaba tanto, que...

Se detuvo en seco en el borde del porche. ¿A qué olía allí? A podrido no, desde luego. A... a... ¡a caramelo!

Atónito, se quedó mirando a su alrededor, mientras su olfato se esforzaba en localizar aquel olor. Olor a caramelo a las doce de la noche... Se quedó mirando, no poco sorprendido, la bandeja que había en la barandilla del porche, cubierta por una tapadera de acero. Fue allá, la destapó, y el olor a caramelo lo dejó turulado. Se quedó mirando el gran pedazo de pastel de caramelo, desconcertado, atónito. De pronto vio la nota. La cogió, intentó leerla, y, por fin, tuvo que encender la luz del porche.

La nota decía:

«Lo siento, pero me salió mal el pastel de nata con guindas. Ya me dirá qué le parece este otro, de caramelo.

»Rachel».

Estuvo boquiabierto unos segundos; luego entró en la casa, fue a la cocina, se quitó la chaqueta y se sentó ante la mesita, mirando el pastel, dándose cuenta justamente entonces que no había probado bocado desde el almuerzo, unos pocos sándwiches engullidos a toda prisa. Alzó el pedazo de pastel de caramelo y le atizó una dentellada tremenda...

—Demonios —farfulló—. ¡Está riquísimo!

Se comió el gran pedazo rápidamente, y luego se quedó contemplando con pena la vacía bandeja, pero se resignó pronto. Y como era muy ordenado y metódico, lavó la bandeja, la tapadera, el cuchillo de postre, el tenedor...

Se fue al dormitorio, se desnudó, y se metió en la cama, suspirando. Apagó la luz, se abrazó a la almohada, empezó a sonreír... y se sentó en la cama de un salto.

—¡Santo cielo! —Casi gritó—. ¡Le dije a las seis y media...! ¿O fue a las cinco y media? ¿O a las siete y media? ¿O...?

CAPÍTULO VII

A las siete en punto, Burton Marsh estaba ya en plena marcha, como cada día. Desayunó, hizo la cama, arregló el dormitorio, fregó los cacharos del desayuno... Fue, por fin, al dormitorio, se colocó la funda sobaquera después de encender un cigarrillo. Cogió la chaqueta, se dirigió hacia el *living*...

¡Ding-dong!

—Vaya por Dios... ¿Quién será a estas horas?

Fue a la puerta, la abrió..., y se atragantó con el humo del cigarrillo. Allá estaba, fresca como siempre, hermosa, juvenil, con aquellos ojos peligrosos, los bracitos que parecían de mármol, la delgadísima cintura, las manitas tan preciosas...

—Oh, señorita Landis... ¿Azúcar?

—No... Sólo un poco de café...

—También tengo café. Pase, por favor. Vaya... ¿Me permite decirle que está usted tan bonita esta mañana como las demás mañanas? El café es más caro que el azúcar, desde luego. ¿Necesita un préstamo quizá?

Rachel Landis enrojeció.

—No, no... Es que... olvidé comprar café ayer...

—Su memoria es pésima.

La muchacha pareció armarse de valor para decir:

—Parece que la de usted es peor, señor Marsh.

—¡Cómo! —exclamó el

G-man

—. ¿Mala mi memoria? Oh, vamos, usted está bromeando, sin duda. Sepa que...

—Ayer se olvidó de... de nuestra cita.

—¿Qué cita?

—Pues yo... yo le llamé a la Delegación del F. B. I, para preguntarle algo sobre el pastel de nata y guindas, y... y quedamos en que vendría por la tarde para... para probarlo, y...

—Ah, es cierto. Bien, la verdad es que tuve mucho trabajo. Le ruego que me perdone.

—Sí, sí... ¿Le gustó el pastel de caramelo?

—¿Qué pastel?

—Le puse un trozo en...

—¡Ah, sí! ¡Estaba riquísimo! Oiga, podemos hacer una cosa... ¿Ha dicho que quiere café?

—Si me hace el favor...

—Vamos a la cocina. Tengo de todo. Y cada cosa en su sitio: café, azúcar, té, galletas... De todo. ¿Estará ahora otros quince días pidiéndome café, señorita Landis?

La muchacha volvió a enrojecer.

—Espero... acordarme hoy de... de comprar en... en el...

—No importa. De todos modos, aunque compre café, sé que vendrá a pedirme algo cada mañana. Mientras no sea mi mano...

—¿Su... su qué...? —exclamó Rachel.

—Nada, nada... Le daré un buen café. Vamos a ver... Aquí está la lata... Sírvasse usted misma. Y hoy no la abrazaré.

—¿Por qué?

—Por... Caray... Bueno, no sé... ¿También quiere un abrazo, además de café?

Rachel Landis no contestó. Llenó su tacita de café y se volvió hacia el

G-man,

que la miraba atentamente, con una expresión fija, especulativa, muy poco apropiada a su aparente y continua distracción de los pequeños detalles.

—¿Por qué me llamó usted a la Delegación del F. B. I., señorita Landis?

—Bueno... Sabía que trabaja usted ahí, como... como agente especial, supongo...

—¿Y cómo sabía eso?

—Yo... Un día... Un día, casualmente, seguí su mismo camino, y... y lo vi entrar allá, y... Le aseguro que fue una casualidad...

—Claro —sonrió Burton—. El mundo está lleno de casualidades. Muy rico su pastel de caramelo. Pero, según parece, no sabe preparar el de nata con guindas.

—Lo... lo intenté, pero...

—Ah, sí, respecto al trato que iba a proponerle antes. Veamos qué le parece: yo vengo esta tarde, me presento en su casita, y le enseño a preparar el pastel de nata con guindas. A cambio...

—¡Sí!

—A cambio, usted me enseña a preparar el de caramelo... ¿Qué opina de esto?

—¡Sí!

—Magnífico. ¿A las seis y media, por ejemplo?

—Por mí, sí.

—Seré puntual. ¿A qué hora se acostó anoche?

—Muy pronto. Antes de que usted viniese, desde luego.

—Oh, magnífico. ¿De modo que se acostó antes de las once...?

—Usted no vino a las once, sino...

—¿No vine a las once? —sonrió Burton—. ¿A qué hora entonces?

—Yo... yo no sé... Estaba durmiendo... Sí, a las doce yo estaba... Quiero decir que me acosté antes de las once, sí...

Estaba roja como una guinda. Burton volvió a pasarle un brazo por los hombros, tranquilamente, en confianza, y la llevó hacia la puerta, sonriendo.

—La próxima vez que se dedique a seguir a un agente del F. B. I, la haré detener por sospechosa.

—¡Oh!

—Y espero que no comente esto con nuestros vecinos. Quiero decir lo de mi verdadera profesión. Sssstt... Es un secreto entre nosotros, ¿de acuerdo?

—Sí... Sí, señor... Yo... no acostumbro a... a parlotear con nadie, se lo aseguro.

—Eso está bien. No se olvide de comprar café.

—No... Y usted no se olvide de que a las seis y media...

—Apueste a que no lo olvido. Oh, recuerdo otra cosa ahora... Mañana es sábado, fin de semana. Quería preguntarle qué le parece la idea de casarnos y aprovechar estos dos días tan estupendos.

—¡Señor Marsh! —exclamó la muchacha, de nuevo sonrojada.

—Demonios, es tardísimo... ¿Le dije ya que mi jefe es un maniático de la puntualidad? Creo que sí... Buenos días, señorita Landis.

—Buenos... buenos días..., señor Marsh.

La dejó en la divisoria de ambos jardines con bonito césped, y se fue hacia el garaje, silbando. Sacó el auto, salió a toda marcha, y aún tuvo tiempo de saludar con la mano a Rachel Landis, que permanecía petrificada donde él la había dejado.

—Me gusta —pensó Burton Marsh—. Cualquiera día le pediré que se case conmigo. ¿Y ya lo he hecho...? Demonios...

* * *

—Buenos días, señor. ¿No ha llegado Archie?

—Son las ocho menos cinco, Burt. ¿Te dije que envié algunos muchachos al apartamento de George Willey anoche?

—Pues no. No, señor, no me lo dijo.

—Pues lo hice... Hola, Archie.

—Buenos días, señor —saludó el recién llegado

G-man

—. Hola, Burt. ¿Qué te ha pedido hoy?

—¿Quién?

—¡Tu vecina!

—Ah. Café.

—¡Vaya...! ¡Su imaginación ha mejorado!

—No creo. Es que ayer tuvo que comprar azúcar por fuerza para preparar el pastel de nata con guindas.

—¿De quién estáis hablando? —Gruñó Spollane.

—De mi vecina.

—¿Qué vecina?

—Se llama Rachel. Tiene unos veinte años, calculo. Un bombón, señor, se lo aseguro. Tendría que ver su... sus... Bueno, quiero decir que es un bombón. ¡Y hace un pastel de caramelo...!

—No sabía que tuvieses... novia.

—¿Novia? ¡Qué tontería! Eso es una lata, señor. Un tipo, o se casa o no se casa. Pero eso de tener novia... ¿Para qué? Yo siempre digo que «o todo o nada». ¿Usted me entiende, señor?

—Ejem... Respecto a... ¿Por qué no te sientas, Archie?

—Sí, señor.

—Le había empezado a decir a Burt que anoche envié un grupo al apartamento de George Willey.

Un día de permiso a quien adivine de quién encontramos huellas en ese apartamento.

—Un momento, señor. ¿Es en serio el día de permiso?

—Bueno... Vaya, ya lo he dicho... En serio, Burt.

—¿El lunes?

—¿Por qué no?

—Okay: las huellas eran de Randy Fellows.

—Bien. —Spollane sonrió de pronto—. ¿A qué te dedicarás el lunes? ¿A pescar?

—Más o menos. ¿Eran de él?

—Sí. Esta noche han sido cotejadas e identificadas. Sin lugar a dudas. ¿Qué os dice eso?

—Todavía no sé, señor. ¿Y tú, Archie?

—Es evidente, supongo. Ellos dos, falsificadores de «oficio», estaban en contacto. Ahora lo que falta saber es si ese contacto entre ellos estaba relacionado con el asunto de los bonos falsos de la ITTC.

—¿Qué más? —Miró Spollane a Burt.

—Esto... ¿Está pensando, señor, que pudo ser Randy Fellows quien tiró a George Willey por la azotea?

—¿No te parece posible?

—No, señor.

—A mí tampoco. De todos modos, he ordenado la búsqueda de Randy Fellows. Llegaron mil copias de su orejado rostro y han sido convenientemente repartidas. Tengo la esperanza de que pronto sepamos algo.

—Así sea. ¿Y mientras tanto...?

—Yo tengo algunas pequeñas cosas que hacer respecto al asunto de Rocky Rockett. Cuando termine, pasaré a veros a la oficina de al lado. Cuando termine, que calculo será hacia las once, pasaré por ahí. Espero que mientras tanto os dediquéis a pensar.

—Okay, señor.

* * *

El inspector Spollane no apareció por el otro despacho a las once, sino unos minutos antes de las diez. Su rostro estaba tenso, y,

al mismo tiempo, expresaba aturdimiento, desconcierto.

—Vámonos —dijo.

Archie y Burton saltaron hacia la percha, se pusieron las chaquetas por el pasillo, lanzados detrás de Spollane, casi corriendo...

—¿Algún incendio, señor?

—De los buenos.

—Eso quizá sea interesante. ¿A dónde vamos?

—A ver al señor Carl Heimer.

—¿El último millonario timado con los bonos falsos? Buena idea. Precisamente anoche pensaba yo en lo conveniente que sería hacerle algunas preguntas. ¿Usted qué opina, señor?

Entraron en el coche, Archie al volante, y Burton y Spollane detrás. Sólo entonces dijo éste, secamente:

—La idea es buena, Burt. Pero no creo que el señor Carl Heimer pueda contestar ninguna de nuestras preguntas.

CAPÍTULO VIII

Estaba en su lecho, y habría parecido dormido de no tener el pecho lleno de sangre y aquella agónica crispación en su ya lívido, rígido rostro. La ventana que daba al jardín desde aquel primer piso de su lujosa quinta en la Quinta Avenida se veía abierta. Cerca de ella, como si necesitase aire fresco y abundante, estaba el criado que había descubierto el cadáver. Por la gran habitación, agentes de la Policía, al mando del teniente Sharps, ocupados en su trabajo. El forense había recogido ya sus cosas, muy pocas, y se quedó mirando a los recién llegados hombres del

F. B. I.,

que miraban sombríamente el cadáver de Carl Heimer.

—Dos certeros balazos —dijo de pronto el forense—. Sin querer meterme en su terreno, yo diría que son del cuarenta y cinco. Alguien entró por la ventana, al parecer; se acercó a la víctima y le disparó al corazón. Muerte instantánea, desde luego. Eso es todo, por el momento.

—Gracias.

El teniente Sharps se quedó mirando a Spollane.

—¿Van a quedarse con el caso, inspector?

—No... No, no. Pero le agradeceremos que nos tenga al corriente, Sharps.

—Sí, con gusto. ¿Cómo se enteraron...?

—Por la circular general radiada. Es posible que podamos ayudarle en esto, Sharps. Ordenaré que le envíen un informe detallado de lo que sabemos sobre Carl Heimer.

—Estoy seguro de que me será útil. Desde luego, parece un asesinato premeditado, frío, calculado... Quiero decir que no es el homicidio que puede cometer un maleante que se ve sorprendido.

—Puede estar seguro de que no es así. ¿Saben ya algo sus hombres?

—Poca cosa. Alguien subió por la fachada, utilizando las enredaderas. Mmm... Las huellas en las enredaderas son... pequeñas, leves. Debió ser un hombre más bien menudo, delgado... De poco peso, desde luego. Es probable que utilizase zapatillas de suela de goma; de baloncesto, de tenis... Algo así.

—Randy Fellows es delgado y menudo, señor, según consta en su ficha —musitó Burton.

—Sí, lo sé, Burt.

—¿Quién es Randy Fellows? —se interesó vivamente Sharps.

—Le enviaré el informe. Y creo que todos vamos a dedicarnos a buscar a Randy Fellows. Echaremos un vistazo por el jardín y nos iremos, Sharps. Espero que no le moleste.

El teniente Sharps pareció espantar una mosca con un gesto.

—Miren lo que gusten. Si todos respetasen las huellas como ustedes, yo sería un policía feliz. Espero ese informe, inspector.

—Lo tendrá antes de una hora. Vamos, muchachos.

* * *

Se sentaron en el coche, y Archie murmuró:

—Una persona menuda, de poco peso, calzada con zapatillas deportivas... De poco peso. Creo que lo único que Randy Fellows tiene grande son las orejas, señor.

—Esas huellas en el jardín pueden no significar nada —musitó Burton—. Yo sigo pensando que esto no es cosa de falsificadores. No, no y no, Archie. ¿Qué dice usted, señor?

Spollane estaba en verdad pensativo, ensimismado. Tardó casi un minuto en contestar a la pregunta de Marsh.

—Lo que yo digo es que, hasta la fecha, ninguno de los millonarios víctimas del timo de los bonos falsos ha sido luego asesinado... ¿Por qué sí ha sido asesinado Carl Heimer?

—Mmm —los dos

G-men

se miraron—. ¿Quizá porque estamos sobre la buena pista, señor?

—Es posible. Pero todavía se puede llegar más lejos en las deducciones, Burt. Lo han matado para que no diga algo que sabía. Y yo me pregunto: ¿acaso eso mismo no debía saberlo ya Carl

Heimer cuando estuvo ayer por la mañana en la Delegación? ¿Por qué matarlo esta noche y dejarlo con vida antes?

—Quizá supo algo ayer...

—No. No, Burt, no... ¿Cómo podría haberse enterado de nada? ¿Crees que los hombres que lo estafaron serían tan tontos de acercarse a él, de proporcionarle alguna pista? Yo creo que no. Lo que ha determinado el asesinato de Carl Heimer es algo que ya sabía ayer, pero que no nos dijo. Y han temido que hoy sí pudiera decírnoslo... o nosotros preguntárselo. ¿Qué es lo que Carl Heimer ha sabido en todo momento y que ha impulsado a quien sea a asesinarlo?

—Demonios... —musitó Archie.

—Yo estoy pensando otra cosa, señor —susurró Burton—. Quizá lo mismo que sabía Carl Heimer lo sepan los otros diecinueve millonarios estafados en este asunto de los bonos de la ITTC. Algo que saben, pero que no han dicho. Algo sobre la estafa o sobre los estafadores... Sobre alguien, sea quien sea.

—La teoría es muy buena, Burt. Vamos incluso a suponer que sea cierta... ¿Qué crees que ocurrirá ahora?

—Pues... —Burton Marsh palideció intensamente—. ¡No!

—¿Por qué no? —sonrió Spollane, seco, áspero.

—No es posible... —musitó Archie—. ¡No van a dedicarse a asesinar a diecinueve millonarios, señor!

—Ahora es cuando más de acuerdo estoy con Burt, Archie: esa gente no son sólo estafadores, falsificadores... Hay algo más. Algo mucho más profundo, más interesante. Y esos diecinueve hombres lo saben. Teniendo en cuenta esto, y teniendo también en cuenta que, según parece, nosotros estamos tras la buena pista, es posible que esos diecinueve millonarios sean... eliminados.

—Pero si saben algo que puede costarles la vida..., ¿por qué no lo dicen?

—No lo sé. Lo que sí sé es que tenemos que salir a toda velocidad para la Delegación, Archie. Habrá que llamar a Washington, para que desde allí cursen instrucciones a las Delegaciones o despachos de los lugares donde ocurrieron las diecinueve estafas restantes. Habrá que vigilar estrechamente a esos millonarios..., por si acaso.

—Si les avisaran del posible riesgo que corren, quizá nos

dirían...

—No, Burt. Es mejor protegerlos discretamente y esperar. Si se les dijese lo que puede ocurrirles, se pondrían nerviosos, y quizá alguno empezase a hacer tonterías. Te lo dije ayer: nada de correr, o precipitarse. Calma: los zorros acudirán por sí solos a la trampa... A la Delegación, Archie. ¿Qué demonios estás esperando?

* * *

El inspector Spollane colgó el teléfono que unía en línea directa la Delegación del F. B. I, en Nueva York con la Central en Washington.

—Bien... Desde Washington empezarán a impartir instrucciones ahora mismo, ordenando la vigilancia de esos diecinueve hombres que fueron estafados. Por ese lado, nada podemos hacer. En cuanto al asesinato de Carl Heimer, la Policía está investigándolo... ¿Qué hora es?

—La una y media, señor.

—¿Qué tal si almorzamos?

* * *

A las tres y media sonó el teléfono, cuando Spollane y los dos agentes teorizaban sobre todas las posibilidades de aquel caso; el propio Spollane atendió la llamada, dijo que sí a todo, anotó una dirección y, por último, colgó el teléfono.

Tendió el papel a Archie.

—Randy Fellows ha sido localizado al fin. Ésta es la dirección, Archie. A toda máquina.

—Volando, señor.

CAPÍTULO IX

En el pequeño apartamento había un agente del F. B. I, y un tipo alto y seco como una raíz, de mirada penetrante, irónica. Llevaba barba de dos o tres días, y no parecía, a juzgar por el resto de su aspecto, que las cosas le fuesen demasiado bien.

El apartamento, en una casa de tres pisos, en el Bronx, no era precisamente un palacio, pero parecía confortable, y resultaba casi agradable, con sus bonitas cortinas, sus muebles viejos pero bien conservados, algunos cuadros... Todo estaba en aceptable orden..., y se notaba una finísima capa de polvo uniforme en todas partes.

—Cuatro o cinco días —musitó Burton—. Quizá menos, señor. El pájaro voló cerrando su jaula.

Spollane se volvió hacia el confidente que había dado el «soplo» al agente Matthews.

—Muy bien, Lennon. Tenemos el nido, pero..., ¿dónde está el pájaro?

—Eso no lo sé, inspector. Hace tres o cuatro días que no veo a Fellows. No sé dónde pueda estar... Pero en cuanto me enteré de que el F. B. I, lo estaba buscando, ya ha visto que les avisé, y...

—Está bien, está bien, pediré algo para ti. ¿Cuánto hace que Fellows vive aquí?

—No sé... Pongamos un mes, más o menos.

—Coincide, señor —dijo Burton—: ése es el tiempo que hace que los Newlander prescindieron de sus servicios. Randy Fellows se vino a vivir aquí..., y eso es todo lo que sabemos.

—Quizá Lennon sepa algo más... ¿Qué dices, Lennon?

—No, señor... No sé nada, de veras. Usted ya sabe que yo, en tocando al

F. B. I.,

soy...

—Ya está bien de coba. Nos ayudas, te ayudamos, y eso nos conviene a todos. Quiero que te sientes ahí, te fumes un cigarrillo, bebas todo el *whisky* que quieras..., y vayas recordando cosas de Randy Fellows.

—Pero casi no le conocía... Lo vi varias veces, me parecía un chico simpático, con sus orejotas...

Les he dicho dónde tiene su cubil, inspector. ¿Qué más...?

—Quiero que te sientes y pienses. Todo lo que sepas sobre él. Con quién lo viste, a qué horas entraba o salía, si traía chicas al apartamento, si bebía, si tenía coche, si fumaba... Todo, Lennon.

—Inspector —gimió el confidente—, que yo no soy uno de sus muchachos...

—Estaría bueno —gruñó Archie.

—Déjalo, Archie. Y tú, Lennon, dedícate a pensar. Burt, llama a la Delegación desde el coche, que vengan a ver qué clase de huellas encontramos aquí. No podemos pasar por alto ni un solo... ¿Sí, Lennon?

—Estoy pensando... Una vez lo vi en los billares de «Bobo» Mackenzie, inspector. Se puso a jugar unas partidas, bebió unas cervezas y se fue.

—¿Con quién habló o jugó esas partidas de billar?

—¡Y yo qué sé! ¡No voy a recordar semejante cosa!

—Te aseguro que lo recordarás, Lennon. Lo recordarás todo... Haz un esfuerzo, hombre. Archie, vete con él al bar de abajo y ponle delante un bolígrafo, un papel y una botella de *whisky*. Pero vigila su glotonería alcohólica. Tú puedes pedir algo también... Naranjada.

Archie Boone refunfuñó algo, tomó a Lennon por un brazo y abandonaron el apartamento, bajo la burlona mirada de Burton Marsh, que comentó:

—Lástima de tipo. No es tonto, señor.

—¿Eso crees? Entonces, ¿qué piensas de quien se convierte en un alcohólico? Porque si Lennon sigue bebiendo, así será, Burt.

Burton Marsh también soltó un refunfuño.

—Es tonto —admitió mohíno—. Espero que no le siente demasiado mal el *whisky* que le pagamos nosotros.

Spollane miró agriamente al

G-man.

—Sé que no está bien, Burt. Pero dime qué más cosas puedes hacer, por el momento, para intentar saber quién o quiénes están posiblemente dispuestos a matar a diecinueve personas.

—Creo que soy más tonto que Lennon —masculló Marsh—. Por una vez, será bueno para alguien que beba unos cuantos tragos. Voy al coche a llamar a los muchachos.

* * *

Archie Boone subió casi hora y media más tarde, cuando los federales del equipo de Huellas casi estaban terminando. Asombrosamente, Lennon parecía más sereno que antes, más despierto y consciente.

—¿Y bien? —inquirió Spollane.

—Aquí está la lista de cosas que sabe sobre Randy Fellows: nombres, dónde lo vio en diversas ocasiones, a qué peluquería iba, cómo se divertía... Dice que aunque lo llenemos de *whisky* ya no recordará nada más.

Spollane tomó el papel, miró expectante a Lennon, que parecía sereno como una estatua, y luego bajó la mirada hacia lo escrito. Burton Marsh se colocó a su lado, mirando también el papel mal escrito.

—«Bobo» Mackenzie, billares: partida con Pete Frost, Kent Rawlings... y otro. «Snake *Snack*», varias veces a comer unos bocadillos y cerveza... Charla con el propietario, Slim Donovan, y con algunos clientes, ocasionalmente: Jack Mo... ¿Qué te ocurre, Burt?

El dedo del

G-man

señalaba excitadamente una línea.

—Aquí, señor...

—Coney Island... ¿Y qué? Mucha gente va a Coney Island a divertirse. Yo mismo...

El inspector se calló bruscamente, y se mordió los labios. Burton sonrió y se acercó más a Lennon.

—Coney Island... ¿Estás seguro de que Randy Fellows estuvo allá alguna vez, Lennon?

—Seguro. Lo vi yo mismo.

—¿Cuánto hace de eso?

—No sé... Un par de semanas, me parece.

—¿Con quién estaba allí?

—Yo lo vi solo. Le pregunté si estaba allí con alguna chica... Sí, eso es, ahora recuerdo... Le pregunté si estaba allí con alguna chica, y me dijo que no, que estaba allí para divertirse..., que tenía un amigo allá, en el parque de atracciones...

—¿Dijo el nombre de ese amigo?

—No recuerdo... Creo que no. Sólo dijo... Bueno, creo que es una tontería... O seguramente no fue eso lo que dijo, y yo estoy confundiendo...

—¿Qué dijo? —Se impacientó Burton.

—Algo así como... Bueno, que me cuelguen si no fue algo parecido a que él podía pasear todo lo que quisiera en barca.

—¿En barca? —musitó Archie—. ¿Por el mar?

—Hombre, si usted sabe de otro sitio...

—Yo sé de otro sitio —musitó Burton—. Archie, los *tickets* de Coney Island que George Willey llevaba en un bolsillo... ¿No los recuerdas?

—Sí... Es cierto. Pero eso...

—¿No recuerdas de qué atracción eran esos billetes? «Loving River»... Río del Amor. Las barcas también van por los ríos, ¿no te parece?

—Bueno... ¿Crees que entró en esa atracción?

—Le dijo a Lennon que él podía pasear en barca todo lo que quisiera, ¿no es cierto? Piensa en esto: había huellas de Randy Fellows en el apartamento de George Willey. Y ahora, sabemos que Randy también estuvo en Coney Island, diciendo que podía pasear en barca todo lo que quisiera. Y Willey tenía *tickets* de «Loving River» en su bolsillo. ¿No son demasiadas coincidencias? Además, ¿qué tiene de malo ir a Coney Island, a distraernos un rato?

—¿Me estás proponiendo un paseo por el Río del Amor? —sonrió Archie.

—Pues... No. Tengo otra idea mejor, si el jefe está de acuerdo.

—¿Qué idea? —inquirió Spollane.

—Fuimos a buscar a Willey, y nos lo quitaron en las narices. Teníamos pensado ir a ver a Carl Heimer esta mañana... y fue encontrado muerto en su lecho. ¿Por qué arriesgarnos a que

también nos quiten a Randy Fellows?

—¿Quieres decir que nos ven llegar, que nos huelen...?

—O que nos conocen. No sé. Pero, sea lo que sea, ¿por qué arriesgarnos a perder la presa otra vez?

—Al grano, Burt. ¿Qué sugieres?

—Sencillo, señor. Ese «Loving River» no es apropiado, supongo, para que entren dos tipos grandotes y con cara de hombres como Archie y yo. Pero apuesto a que entran muchas parejitas a pasear por ese Río del Amor. Y nadie sospecha de los tontos que ponen cara de enamorados... o al revés, de los enamorados que ponen...

—Está bien, está bien... ¡Dilo de una vez! ¿Acaso vas a ir con una chica?

—Si le parece a usted bien, señor. Usted y Archie, o si viene algún compañero más, pueden vigilar afuera, o entrar luego... No sabemos cómo puede estar organizado ese «Loving River». ¿Qué opina?

—De acuerdo. ¿Y la chica?

Burton sonrió y llamó la atención de uno de sus compañeros, de Huellas.

—Eh, Isaac: ¿estáis listos del teléfono?

—Seguro, Burt. Puedes manosearlo todo lo que quieras.

Siempre sonriendo, Burton Marsh descolgó el auricular, marcó un número, esperó...

—¿Señorita Landis? —preguntó de pronto—. Hola, ¿qué tal? Soy su vecino, el que le presta azúcar, café y cosas así... ¿Me recuerda?

—¡...!

—Ya sé que no son las seis y media, todavía. Mmm... ¿Le gustaría darse un bonito paseo en barca, por el Río del Amor?

* * *

La muchacha estaba en el lugar indicado a la hora exacta, tan bonita y juvenil que Burton Marsh quedó verdaderamente sorprendido. Ella entró en el coche, sentándose a su lado, sonriendo tímidamente. ¡Vaya si era un bombón!

Se quedó tan atónito, que la muchacha, un poco sonrojada de pura alegría ante aquella oportunidad de estar por primera vez con el

G-man,

sin tener de por medio una taza, tuvo que ser la primera en hablar:

—Yo... Señor Marsh, supongo que esto del... del Río del Amor debe... ser una broma...

—Nada de eso. Navegaremos en una barquita por el Río del Amor. ¿Qué le parece?

—Pues..., no sé. ¿Dónde... dónde está ese río?

—En Coney Island. No es que la confunda con una niña, no... Ejem, nada de eso, no... Además, supongo que eso del Río del Amor debe ser cosa de adultos. Vamos, digo yo... De todos modos, si la idea de pasear conmigo en barca por ese río no es de su agrado...

—¿Qué? —sonrió ella.

—Vaya... Pues no le prestaría más tazas de azúcar, ni de nada. Eso es lo que haría.

Rachel Landis sonrió tan dulcemente que Burton Marsh se preguntó para qué demonios necesitaba aquella chica una taza de azúcar.

—Usted... me está chantajeando, señor Marsh. Creo que voy a denunciarlo a... al

F. B. I.

—Es una buena idea... ¿Le gusta ir a pescar?

—No he ido nunca. Pero seguramente me gustaría.

—¿Y bucear? ¿Le gusta?

—Mucho.

—Bien... Oh, sí, creo que hemos dicho hacia Coney Island, ¿verdad?

CAPÍTULO X

Como era viernes, Coney Island estaba en verdad rebosante de público que se divertía en las mil y una atracciones de todo tipo, desde el inocente y gigantesco tióvivo hasta las casi peligrosas y aún más gigantescas montañas rusas. Puesto que los dos días siguientes eran fiesta, los neoyorquinos y los turistas acudían a raudales al mundialmente famoso parque de atracciones. Nada menos que cuarenta y cinco millones de visitantes se han contabilizado por año en Coney Island.

Las luces comenzaban a encenderse. Luces muy bonitas, de colores. Ya se veía la gran cara de un payaso, toda de bombillas. Luego un dragón abriendo las fauces para expeler chorros de falso fuego... Había de todo: niños, globos, caramelos, cigarros habanos... Pero lo que más había era ruido. Ruido y gritos por todas partes, risas, llamadas...

Rachel Landis se agarraba a la mano del G-man, mirando sosegadamente a todos lados, tranquila. Notaba la gran mano de su vecino admirado, y eso era suficiente. Una mano grandota, fuerte, un poco áspera..., pero que le gustaba. Lo demás, no importaba.

No importó, al menos, hasta que Burton Marsh dejó de buscar, de mirar a todos lados, para señalar frente a ellos.

—Allá lo tenemos, señorita Landis: el «Loving River». Vamos a echarle un vistazo, a ver en qué consiste eso. Hace no sé cuántos años que no vengo a Coney Island... Y por entonces, realmente, no pensaba en el amor y tonterías de éstas. Me dedicaba a cosas mejores.

—¿Mejores que el amor? —musitó Rachel.

—Pues... Emmm... Sí, desde luego.

—¿Qué cosas son ésas?

—Oh... Tirar al blanco, subir a las «rusas»... Cosas así.

—Y ahora, señor Marsh, ¿sigue pensando lo mismo?

—Por supuesto.

—Pero esta mañana usted dijo que podríamos aprovechar el fin de semana para...

—Allí veo una explicación de lo que es «Loving River». Leamos.

* * *

El «Loving River» estaba atendido por dos empleados; uno de ellos expendía los *tickets* y el otro estaba a cargo de las pequeñas barquitas a remo que navegaban por el río artificial subterráneo. Unas grutas románticas, con aguas de colores, luces tenues de tono rojo, música para enamorados...

Uno de los empleados vio al agente del F. B. I, acercarse al cartel que daba las oportunas explicaciones a fin de evitar accidentes o complicaciones. Y, apenas ver al

G-man,

el hombre palideció, abandonó precipitadamente la entrada al «Loving River» y se metió en la cabina de los *tickets*, donde el otro estaba entregando dos a una parejita joven.

—Alternan... —musitó—. Está ahí, con una chica... Me refiero al agente del F. B. I, que anoche apareció en la azotea y nos disparó.

El llamado Alternan también palideció.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo —gruñó el otro—. No soy ciego, ¿eh? Además, puedes verlo tú mismo, leyendo el aviso. Es probable que pronto venga a adquirir un par de *tickets*. Es muy astuto, al venir con una chica, como un enamorado cualquiera.

—Quizá sea todo una casualidad, Simons.

—¡No digas tonterías! Un agente del F. B. I, que está metido de lleno en un trabajo de millones de dólares defraudados no se va a divertir tan fácilmente. Lo sabe... O sabe algo. Sea como sea, está detrás nuestro, siguiendo la pista...

—Cálmate. Él no nos conoce.

—Pero si entra en el río puede descubrir...

—No creo. Efectuará el recorrido con esa chica, saldrá y eso será

todo.

—Puede saltar a uno de los islotes, a tierra firme... Y quizá lo descubra... todo. Es un agente del

F. B. I.,

¿no? —insistió Simons.

—Quizá tengas razón. Procura entretenerlo lo máximo posible en la entrada, cuando vaya allá con los *tickets*. Yo voy a llamarla a ella, a ver qué le parece esto. No lo pierdas de vista.

* * *

—Es una cosa simpática... —sonrió Burton Marsh—. Parece que podremos sentirnos en el más romántico de los paisajes. Cascadas de colores, música romántica, una barquita de remos...

—Aquí dice que incluso podemos tener una fotografía como recuerdo, señor Marsh. Veremos una bombilla roja junto a la cual hay un botón. Hay que apretarlo y seguir. Más adelante, nos tomarán la fotografía, que podemos recogerla antes de marcharnos de Coney Island, o bien dejar la dirección para que la envíen.

—Pues... es posible que tengamos ese recuerdo. Voy a sacar los *tickets*.

Parecía que su intención era ir solo, pero Rachel no se soltó de su mano. Lo miró, sonrió como una buena niña, y se fue con él hacia la cabina encristalada. Por supuesto, el agente del F. B. I., no pensaba complicar las cosas mientras ella estuviese a su lado. Darían el paseo en barquita, y eso sería todo... mientras él examinaba con atención el interior del «Loving River». Si algo de interesante le parecía ver allí dentro, permanecería impasible, saldrían de la romántica gruta subterránea con río incluido, dejaría a Rachel en lugar seguro y volvería acompañado por personas menos románticas que la muchacha. Pero primero convenía echar un vistazo sin despertar sospechas en nadie, lo cual, fatalmente, habría ocurrido, de un modo u otro, si en una barquita se hubieran colocado Archie y él.

Esta idea le hizo sonreír. Y sonreía aún cuando pidió los dos *tickets* en la cabina...

—Un momento, señor... —sonrió el hombre que había dentro, como si le doliera el estómago—. Mi compañero vendrá en seguida.

—Puede darme usted los *tickets*, ¿no?

—Yo soy el encargado de las barcas. ¿Por qué tanta prisa? —Le guiñó un ojo—. Cuanto más tarden en entrar, más lejos estará la barca que les precede.

—Eso está bien pensado —volvió a sonreír Burton.

Se quedó mirando al hombre con indiferencia aparente. ¿Sería buena idea preguntarle si conocía a Randy Fellows o a George Willey? La verdad era que, por el momento, no parecía muy buena tal idea. Era mejor callar, conocer bien el terreno y luego tomar decisiones.

El compañero del tipo de las barquitas llegó apenas un minuto después y atendió sonriente al G-man.

—Perdone, señor. A veces... hay que salir un par de minutos de esta jaula. Dos *tickets*.

—Gracias.

Pagó el importe y se fue con Rachel Landis hacia la entrada de la gruta, precedido del otro. Descendieron hacia el coquetón embarcadero por unos peldaños de madera. Simons acercó una de las barquitas y la sostuvo junto al embarcadero mientras el G-man

saltaba a bordo, para volverse, tomar por la cintura a la señorita Landis y colocarla en el confortable asiento de popa, frente al que ocuparía él, manejando los remos. Por delante, una oscuridad matizada de rojo, que daba un tono precioso a las aguas del río artificial.

Simons empujó la barquita, tras advertir:

—Hay un buen tramo con corriente provocada, señor. Podrá dejar los remos y atender sólo al mango del timón..., sentándose junto a la señorita, naturalmente.

—Qué bien. Muy amable, amigo.

La barquita se alejó, Río del Amor adelante, y Simons salió a toda prisa del embarcadero subterráneo, para correr a la cabina.

—¿Qué te ha dicho? —exclamó.

Alderman le entregó discretamente una pistola, mirando a su alrededor.

—Hay que matarlos. A los dos, Simons. Y ahora.

—¡Pero eso es una locura! Sus cadáveres...

—No aparecerán, de momento. Además, los dos «elegantes»

vienen hacia aquí con el helicóptero. Ella los ha avisado. Se encargarán del resto del trabajo. Vamos a matarlos, antes de que ese federal vea algo.

CAPÍTULO XI

—Qué bonito... —musitó Rachel.

—Precioso —asintió distraídamente Burton, mirando a todos lados—. Volveremos por aquí alguna vez, señorita Landis. Oh, ahí veo esa luz roja con el botoncito que hay que oprimir para que nos tomen una fotografía.

—Y parece... que ya se nota la corriente... Quiero decir que la barca ya... ya puede ir sola, manejando únicamente el timón...

—Yo entiendo mucho de timones —sonrió Burton.

Colocó los remos en la barquita, pasó cuidadosamente al asiento de atrás y pasó un brazo por la cintura de la muchacha, que lo miró con ojos expectantes, muy abiertos.

—El... el timón, señor Marsh...

—Oh, sí.

Carraspeó, quitó la mano de la cintura femenina y tomó el mango del timón, siempre mirando a todos lados. Era perder el tiempo, desde luego.

Sólo veían contornos de pequeñas isletas, con pequeñas palmeras de plástico. Delante de ellos apareció una bonita cascada de aguas color rosa, creando un murmullo encantador, romántico. Como fondo, muy tenuemente, se oía música suavísima, en un solo de violín.

El rosado resplandor del juego luminotécnico que matizaba de rosa las aguas de la cascada diminuta no llegaba más allá de las mismas aguas. De trecho en trecho, se veía una lucecita roja, que servía tan sólo para que se viesen las orillas del río artificial.

En definitiva: Burton Marsh comprendió que no podría ver nada que no estuviese previsto que se viera. Todo estaba hecho allí para producir la impresión de que se viajaba perdidos del resto del

mundo, sin ver nada ni a nadie, inmersos en el amor, en la música romántica con el solo de violín...

Todavía más en definitiva: Burton Marsh estaba perdiendo el tiempo. Para encontrar algo interesante allí dentro, tendría que entrar con linterna y olvidando el romanticismo.

Pero, claro, ya que estaba allí, y no llevaba una linterna adecuada, sino solamente la pequeña de su bolígrafo... Volvió a abrazar a Rachel por la cintura, convencido de que el timón se portaría bien.

Ella se tensó un instante, señalando a la derecha. Había otra de aquellas lucecitas rojas. Junto a ella, un letrero fosforescente que advertía: «Dentro de medio minuto, su foto».

—La... la foto, señor Marsh...

—Falta medio minuto. ¿Cómo podríamos aprovecharlo?

—Yo no... no sé...

—Pues a mí se me ocurre algo: ¿qué tal si nos besamos?

Rachel no contestó. El agente del F. B. I., veía el intenso brillo de sus grandes ojos verdes, y los cabellos parecían más rojos que nunca. La oía respirar desacompañadamente, casi con dificultad, y notaba aquel aroma a fresco, a lavanda, a joven... De pronto, la manita derecha de ella se puso sobre la suya que la rodeaba por la cintura y la derecha subió lentamente hacia su mejilla, mientras el G-man

recibía en pleno rostro aquel fresco aliento del suspiro.

—Allá voy —musitó.

Acercó su boca a la de Rachel, y todavía pudo ver cómo ella la entreabría temblorosamente y cerraba los ojos. A su alrededor se oía la música romántica, el rumor del agua...

Y de pronto se oyeron campanas. Es decir, las oyó solamente Burton Marsh, mientras sus labios tomaban los de Rachel Landis, tan suaves, tiernos, frescos... Todo un canillón empezó a funcionar sonoramente en la cabeza del agente del

F. B. I.,

anulando la música romántica, el rumor del agua... Todo...

El fogonazo del *flash*, que llegó medio minuto después, fue como una sacudida eléctrica, que lo hizo saltar en el mullido asiento de la barquita, casi volcándola... Con lo cual salvó la vida. La suya propia y la de Rachel Landis.

Ella no se enteró de nada, pero él supo con toda certeza que aquellos secos restallidos sobre sus cabezas eran dos balas que habían fallado el blanco. No oyó los silenciosos «plops» de los disparos hechos con silenciador, pero tampoco necesitaba ese dato. Había oído muchas balas silbar sobre su cabeza.

De modo que, sin vacilar, se echó encima de Rachel, con todo su peso, volcando la pequeña barquita. La muchacha lanzó un grito antes de hundirse en el agua, con el
G-man

sobre ella, hundiéndola aún más profundamente, con más violencia.

Rachel intentó salir en seguida a la superficie, pero Burton la retuvo bajo el agua, a pesar de sus desesperados esfuerzos, impulsándose con los pies bajo la suave corriente provocada, precisamente en dirección contraria a ésta. Tuvo que hacerlo durante muy pocos segundos, ya que corría el riesgo de provocar un desvanecimiento en la muchacha.

Salió a flote, sujetándola, agradeciendo ahora la oscuridad matizada levemente de rojo. Rachel se agarró con desesperación a su cuello, asustada, desconcertada.

—Bucee —jadeó Burton—. Antes dijo...

Brotó otro fogonazo de *flash*, y durante aquel segundo, la gruta se llenó de la lívida, cegadora luz. Las dos balas se hundieron ahora en el agua, con sonoro «chop», salpicándolos. Burton puso una mano sobre la cabeza de su vecinita y la hundió de nuevo, siguiéndola hacia la escasa profundidad del romántico río. Esta vez, Rachel resistió mucho mejor el chapuzón, pues apenas le puso el
G-man

la mano en la cabeza, comprendió sus intenciones, y tomó aire. Por debajo del agua colaboró con el agente del

F. B. I.,

que tiraba de una de sus manos, nadando con fuerza, ahora en dirección a la corriente. Y cuando ya no podía resistir más, la muchacha apretó con fuerza la mano del federal, que comprendió y volvió a la superficie...

Un nuevo fogonazo de *flash*.

Chop... Chop... Chop...

Los pequeños surtidores parecían tener completamente desconcertada a Rachel, pero Burton tiró de ella hacia la islita más

cercana, apenas a una yarda. Se oyó el rebote agudo de una bala y otro «chop», muy cerca de la espalda del G-man.

Otro fogonazo..., que ya no les alcanzó de lleno, protegidos como estaban por la isleta.

—Señor Marsh —gimió Rachel—, ¿qué...?

—Sssttt... Hable más bajo, que su voz se confunda con esa música romántica.

Seguía oyéndose, dulcemente, el solo de violín, y el romántico rumor de las pequeñas cascadas de colores.

Rachel Landis tragó saliva.

—¿Qué... qué está... pasando...?

—Es una broma —musitó Burton—. El baño debe estar incluido en el paseo romántico.

—Pero...

—No se mueva de aquí. Y si oye que alguien, o alguna barquita se acerca, sumérjase todo el tiempo que pueda. Si la ven, la matarán.

—Dios mío...

Burton se sumergió, silenciosamente, y nadó de nuevo corriente arriba. Cuando saltó a la superficie junto a otra isleta que había tocado, lo hizo sin chapoteos, en silencio, respirando contenidamente. Una voz, apagada, furiosa, llegó hasta él. Como a seis yardas, un hombre confusamente silueteado en la tenue luz roja saltó de una isleta a otra, y luego al borde del Río del Amor.

—Alderman... —Oyó el

G-man

—. ¿Los has visto?

—¡Cállate!

Burton Marsh se deslizó en completo silencio hacia la orilla del río. Parecía talmente una orilla natural rocosa. Se alzó lentamente, hasta quedar con medio cuerpo en tierra firme y las piernas en el agua. Inevitablemente, producía un rumor, pero la música del violín lo ahogaba, lo confundía. Acabó de salir del agua y quedó tendido de bruces en tierra firme, mirando hacia donde había oído la última voz, cerca de él. Se arrastró rápidamente hasta detrás de una de las pequeñas palmeras y se acucilló, tenso, vigilante. Sus ojos se iban acostumbrando más y más a aquella tenue luz rojiza...

—Sería mejor que diésemos la luz...

—¡Que te calles, imbécil!

Burton se encogió, como si quisiera disminuir su tamaño... La voz de respuesta había sonado muy cerca, y de pronto vio la silueta del hombre, acercándose cautelosamente, por entre otras palmentas de plástico. El

G-man

ni siquiera pensó en sacar su pistola; sabía que después de la permanencia en el agua, era más que posible que no pudiera utilizarla, de modo que tenía que emplear otra clase de ataque... o de defensa. Si sacaba la pistola, apretaba el gatillo y fallaba...

El hombre estaba a menos de tres yardas de él cuando se detuvo en seco y lanzó una exclamación. Su mano se alzó rápidamente, con la pistola lista para disparar una vez más... Pero una gigantesca sombra se le vino encima, volando por encima de una de las palmeritas, y se puso tan nervioso que disparó muy mal, hacia el agua. Una fracción de segundo más tarde, sin darle tiempo a intentar un nuevo disparo, la gigantesca sombra cayó sobre él y ambos rodaron por el suelo, tronchando momentáneamente una de las palmeritas.

—¡Sim...!

El duro puño del

G-man

pareció hundirse en la boca de Alderman, mientras la otra mano sujetaba la que empuñaba la pistola.

Otro fogonazo de *flash*, que iluminó de lleno a los dos hombres, justo en el momento en que la mano derecha de Burton Marsh golpeaba de lleno en la garganta de Alderman, de canto. Se oyó el ronco resuello de Alderman, otro silbido por encima de las cabezas de ambos... Alderman se relajó, soltó la pistola...

La diestra del

G-man

se apoderó de ella inmediatamente, en el momento en que, a diez o doce yardas, y por encima de él, brotaba otro fogonazo de *flash*.

Mala suerte para el fotógrafo, finalmente localizado.

El agente del F. B. I, se volvió a medias hacia allí, pasando la pistola por debajo de su brazo izquierdo y disparando del peculiar modo de los

G-men

y los pistoleros del Viejo Oeste: sin apuntar, solamente guiado por el instinto.

Plop.

Se oyó un grito, en una zona alta... Un segundo después, el golpe sordo de un cuerpo pesado contra el suelo. Casi simultáneamente, quizá una fracción de segundo antes, más allá brilló un fogonazo. El agente del F. B. I, lanzó un grito, dio una vuelta en redondo y cayó de rodillas, soltando la pistola.

—¡Alderman! ¡Le he dado!

Alderman estaba intentando incorporarse, y Burton Marsh, crispado el rostro por el dolor en el brazo herido, vio su brazo estirándose hacia el arma. Se puso en pie y lanzó un fortísimo patadón al rostro de Alderman, que alzó los brazos, se venció hacia atrás...

¡Chop!

—¡Ha caído al agua, Alderman! ¡Vamos a...!

Burton Marsh asió la pistola rápidamente y disparó contra la sombra que saltaba de una islita a la orilla del Río del Amor... La sombra pareció de pronto descomponerse, formando una grotesca figura suspendida entre la islita y tierra firme. Se oyó el grito y en seguida el fuerte chapuzón en la mansa corriente artificial del romántico río.

Y por último, el solo de violín, que continuaba emitiendo su dulcísima melodía para enamorados.

Y el rumor de las cascadas de colores.

El agente del F. B. I, fue hacia el borde del río, un poco más abajo, y miró hacia una de las islas.

—Señorita Landis —llamó.

—Es-estoy... estoy a-a-aquí...

—Salga... —sonrió crispadamente Burton—. Venga a la orilla. Buscaremos otra barquita y seguiremos nuestro viaje romántico. Vamos, no tenga miedo.

La vio aparecer por detrás de la islita y llegar a la orilla. Dejó la pistola en el suelo y le tendió la mano izquierda, ayudándola a salir del agua. Rachel se abrazó a él inmediatamente, asustada... y el

G-man

lanzó un aullido de dolor.

—¿Qué... qué...?

—Cuidado con mi bracito derecho —recomendó Burton—: me corté esta mañana afeitándome.

—¡Le han herido!

—Poca cosa, vecina. Pero usted ha puesto la manita precisamente donde la bala ha dejado su marca. No se aflija: esto no es obstáculo para disfrutar de la luna de miel.

—¿Qué, qué luna...?

—¿Tiene frío?

—No sé... Sí, un poco...

—Pues vamos a salir de aquí en seguida. Si no hay barquitas, iremos... ¡Ssst!

La cogió de un brazo y tiró de ella hacia abajo, casi derribándola. La soltó en el acto y recogió la pistola, con la izquierda. La muchacha miró también hacia donde, de pronto, al fondo, se había visto una luz amarillenta, de iluminación corriente. Un rectángulo alto, que desapareció en pocos segundos.

¿Y ahora...?

—Ssst. Vuelva al agua.

—Pero...

—Al agua, vecina. Y sin ruidos.

Rachel Landis volvió al agua, resignada... y preocupada. Burton quedó en la orilla del río, encogido tras una palmera, fija la mirada en las sombras del fondo... Un fondo mucho más lejano de lo que hacía suponer la inspección en un simple paseo en barca.

Tardó casi diez segundos en oír el rumor de dos hombres acercándose, sin grandes precauciones. Pero todavía no podía verlos. La oscuridad, hacia aquel lado, era completa.

—¿Alderman? —Oyó—. ¿Simons?

El

G-man

alzó la pistola, lentamente. De no haber sido por el solo de violín, ya habría situado perfectamente al hombre que llamaba a Alderman y Simons, pero la música alteraba las situaciones, confundía las posiciones...

—¡Alderman!

Plop.

La pistola vibró en la mano izquierda de Burton Marsh. Y más

allá vibró un grito de dolor..., y en el acto, un par de disparos. El agente del F. B. I, notó el brusco estremecimiento de la palmerita, simultáneamente con el chasquido de la otra bala por encima de su cabeza.

Una luz brotó de pronto, ante él, todavía lejos. La luz de una potente linterna, que le cazó de lleno. Disparó hacia allí velozmente..., para comprender en el acto su error: la linterna había sido encendida, pero dejada en algún sitio, mientras el hombre se apartaba de ella.

Y, naturalmente, ese hombre iba...

Saltó hacia el agua justo cuando dos balazos más quedaban definidos a ambos lados de la linterna por los rojos fogonazos. Se hundió y nadó a toda potencia, conteniendo el dolor de su brazo herido. Cuando salió a la superficie, la luz de la linterna estaba muy cerca de él, deslizándose sobre las aguas.

La idea de que aquellos hombres descubriesen ocasionalmente a Rachel le estremeció. Chapoteó fuertemente para hundirse, a fin de llamar hacia él la atención de los dos recién llegados al Río del Amor. La luz dio en seguida en el punto donde se había sumergido, y dos pequeños surtidores brillaron en un tono rojo tenue.

Nadó en dirección contraria a la posición de Rachel Landis, con fuerza, alejándose lo máximo posible. Tocó una de las islitas y salió a la superficie, junto a ella... La luz de la linterna pasó por encima de él, concediéndole el tiempo justo para sumergirse de nuevo y salir al otro lado de la isleta, que le protegería de las balas. Dos de ellas rebotaron agudamente en la isla y el

G-man

se encogió, jadeando. Aquellos dos tipos no sólo llevaban linterna, sino que eran más peligrosos que Alderman y Simons, eso era evidente. De ninguna manera podría acercarse a ellos, ya que la luz de la linterna lo delataría...

—¡Burt! —Oyó de pronto—. ¡Burton Marsh!

—¡Archie, aquí! —gritó con todas sus fuerzas.

Tres o cuatro balas más rebotaron en la isleta, mientras Burton se sumergía rápidamente, una vez más.

Cuando volvió a la superficie, vio cerca de él las luces de dos potentes linternas, taladrando la oscuridad, hacia todos lados. Se acercaban a él por el río... Al fondo, allá donde antes había visto el

rectángulo de luz, vio más luces, algunas de ellas de tono cárdeno, inconfundibles...

—¡Burt!

—¡Aquí, Archie!

Las luces de las linternas cayeron sobre él, deslumbrándolo. Una barquita se acercó y el rostro de Archie Boone apareció en la borda, tenso.

—¿Estás bien, Burt?

—Sí... Esos tipos se van a escapar, Archie. Hay otra salida...

—No te preocupes por eso. ¿Subes...?

—No. Vamos a tierra firme.

Primero saltaron los tres

G-men

que iban en la barquita, y ayudaron al fatigado Burton Marsh, que quedó chorreando, jadeando...

—¿Y tu novia? —Se inquietó Archie.

—¿Qué novia...?

—¡Tu vecina!

—Oye, yo no tengo novia, ni la tendré jamás. ¿Te enteras?

—Está bien: la señorita Landis. ¿Dónde está? ¿La han...?

Regresó adonde había dejado a la muchacha, señalando el lugar. Las luces de las linternas fueron hacia allí.

—No está... —murmuró Archie.

—¡Señorita Landis! ¡Soy Marsh!

Rachel Landis apareció por un lado de la islita, nadando hacia allí. Archie y Burton la ayudaron a salir, y el segundo se quedó mirándola con expresión divertida, que sólo pretendía ocultar su alivio.

—¿No le sería más cómodo bañarse en una bañera?

—Usted está... herido...

—¡Y dale! Ya le he dicho... Oye, quítame las manazas...

Archie Boone, que había respingado, no le hizo el menor caso. Localizó en seguida la herida, en el brazo derecho, cerca del hombro, y fijó allí la luz de la linterna. Tras unos segundos de examen, encogió los hombros.

—Psé... A cualquier cosa llaman una herida. Recuerdo...

Desde el fondo llegó una voz recia, potente:

—¡Archie!

—¡Hola, Oscar! ¡Todo bien por aquí!

—¡Venid! ¡El jefe os llama a todos!

CAPÍTULO XII

Fue fácil llegar al fondo de aquella gruta, utilizando las linternas. El agua llegaba hasta allí, formando pequeños lagos que parecían muy profundos, rodeando un islote más amplio, firme, en el cual estaban los generadores de energía.

—Encima nuestro tenemos un tiro al blanco —sonrió el inspector Spollane—. Poco se imaginan que debajo de ellos también están practicando ese deporte... ¿Todo bien, Burt?

—Una pequeña herida, señor. Le presento a la señorita Landis, mi vecina. La que siempre me pedía azúcar. Esta mañana, café.

—Una chica muy valiente —musitó Spollane, estrechando la mojada manita de Rachel—. Pero quedamos, Burt, en que ella no se vería mezclada en...

—No fue culpa mía, señor. Ella puede decirlo; yo sólo quería echar un vistazo. Precisamente, cuando empezaron a dispararnos, yo estaba... No estaba... Bueno, quiero decir que no estaba para tiroteos...

—¿Qué hacías? —preguntó Archie.

—Bueno... Mmm... Íbamos remando... Sí, íbamos remando...

—Me estaba besando —dijo tímidamente Rachel.

—¿De veras? —exclamó Archie—. Menudo compromiso, Burt.

Burton Marsh miró enfurruñado a Rachel, pero antes de que pudiera decir nada, se encendieron varias luces dentro de la gruta, iluminándola completamente.

—Bueno, menos mal —exclamó Spollane—. Ahora podremos trabajar.

—¿Cómo llegaron tan a tiempo, señor?

—Nos pareció que tardabas demasiado en salir. Pero aún hay algo más. Uno de los muchachos vio aterrizar un helicóptero cerca

de aquí, en un prado. Me llamó por la radio de bolsillo y le dije que siguiera a los dos tipos que habían descendido del aparato. Aparecieron hacia la cabina de *tickets* del «Loving River». Luego se fueron hacia la vivienda del Río del Amor, entraron... Yo vi a los dos tipos, Burt: altos, elegantes, correctos... ¿Tú me entiendes?

—Creo que sí, señor. Son los que daban la cara a la hora de vender los bonos falsos.

—Es posible. Ya lo sabremos.

—Podemos preguntarles...

Spollane movió negativamente la cabeza, señalando hacia atrás y a la izquierda de Burton.

—Ahí tienes a uno. El otro quiso subir a toda costa por la trampilla, disparando, y... cayó al agua. Los dos están muertos, es de lamentar.

—Yo también tuve que matar a dos, señor. Es decir, a tres, ya que estaba el fotógrafo. Muy bonito eso de las fotos. Se mete uno en una barquita, pide una foto, y cuando llega a donde está el fotógrafo, le toma una foto, desde un sillón. Mmm... Parece que son fotos en verdad románticas. Bueno, ¿qué hacemos?

—Subamos arriba. Los muchachos registrarán todo esto. Más adelante vendrán con un par de equipos de «rana», para sacar los cadáveres... ¿Los has pedido, Oscar?

—Sí, señor.

—Bien. A ver qué encontráis por aquí, ahora que hay buena luz. Vamos arriba, Burt.

—Sí, señor... Eh... —Miró torvamente a Archie y Rachel—. ¿Qué estáis cuchicheando vosotros?

—Nada que te importe... —dijo Archie—. Ya subo, señor.

—Te quiero arriba, Archie.

—Sí... En seguida subo, de veras.

—Bien. Vamos, Burt. ¿Señorita Landis...?

Subieron por un tramo de peldaños de madera, volviéndose Burton Marsh para mirar hoscamente a Archie, que sonreía muy divertido... La trampilla estaba encima, abierta, bajo la vigilancia de un

G-man,

que miró la herida de Burton, sonrió y encogió los hombros.

—¿Alguna novedad, Phil? —preguntó Spollane.

—No, señor.

—Bien. Salgamos al *living*.

Abandonaron el dormitorio, cuya cama se veía apartada, dejando paso libre a las escaleras que llevaban al «Loving River».

—Opino que sería mejor que la señorita Landis regresara a su casa, Burt. La enviaremos en un coche, con uno de los muchachos. Ah, y sería conveniente abrirla con una manta.

—Yo la traeré —dijo Burton.

Regresó con ella en seguida.

—Sería mejor que se quitase las ropas, señorita Landis —dijo—. Si la manta también se moja, podría enfriarse aún más. Puede entrar en el otro dormitorio... Oiga, está muy linda así, de veras. Parece...

Se oyó un suave zumbido, y Spollane sacó inmediatamente su radio de bolsillo.

—Spollane.

—Señor, hay un tipo rondando el helicóptero en el que llegaron aquellos dos tipos.

—¿Quién es? ¿Lo conoces, Dexter?

—No, señor... Es un hombre como de sesenta años, bien vestido... Cabellos grises. Lleva lentes oscuros...

—¡Newlander! —Casi gritó Burton—. ¡Esa descripción corresponde a Farley Newlander, señor!

—Dexter —musitó Spollane—. ¿Qué hace ese hombre?

—Nada... Ronda el helicóptero, mira a todos lados... Parece como si quisiera acercarse al aparato, pero no se atreviese. ¿Lo detengo o...?

—Solamente vigílalo. Y cuando...

—Un momento, señor... Se acerca ahora al aparato... Va directo hacia él. Sube al aparato... No puedo ver qué está haciendo... ¿Me acerco más?

—No. Espérate ahí. Y no lo pierdas de vista. A ver qué hace.

Archie Boone apareció en el *living*, sonriendo. Miró a Rachel Landis y le guiñó un ojo, con lo cual se ganó una furibunda mirada de Burton Marsh, que cogió a la muchacha de un brazo y la llevó hacia el dormitorio vacío, dejándola encerrada dentro, para que se quitase las ropas mojadas. Luego, fue al otro cuarto... y reapareció en dos minutos, ciertamente. Rasgó la sábana, consiguiendo unas

cuantas vendas, y le hizo señas a Archie, que se apresuró a vendar el limpio y no demasiado profundo corte producido por la bala. Luego, siempre en silencio, Burton volvió al dormitorio y se puso un jersey que encontró en el armario. Finalmente, unas zapatillas deportivas.

—Hey —dijo al salir—: lo he conseguido. Archie. Sin corbata y...

—¿Señor? —Brotó la voz de la radio de Spollane.

—Dime, Dexter.

—Ya sale. Mira a todos lados, salta del aparato...

—Dexter: Archie va para ahí. Detened a ese hombre, traedlo aquí, ¿entendido?

—Sí, señor.

Spollane cerró la radio y le hizo señas a Archie para que se fuese. Luego se asomó al dormitorio donde estaba la entrada a la gruta del amor.

—Llama a Boyd, Freddie.

—Sí, señor.

Spollane se acercó a Burton y le ofreció un cigarrillo, que el G-man aceptó de buena gana. Todavía estaba en la primera fumada cuando apareció Boyd, presuroso.

—¿Me ha llamado, señor?

—Ve al helicóptero. Un tipo ha puesto algo allí, o ha tocado algo, o se ha llevado algo... Ve a echarle un vistazo.

—Sí, señor.

Boyd se fue y Spollane y Burton se sentaron en sendos silloncitos.

—Farley Newlander —musitó Burton—. Me pregunto...

—Primero será mejor que lo veas, Burt. Quizá no sea él.

—Claro... Oh, aquí tenemos a mi vecina, tan bien abrigadita...

—Llévala a casa... después de ver a ese hombre. ¿Podrá esperar unos minutos, señorita Landis?

—Sí... Sí, señor...

Spollane miró de reojo a Burton, y de nuevo a la muchacha, sonriendo. Estaba preciosa con los cabellos recogidos, estirados, envuelta en la manta. El verde de sus ojos destacaba cegadoramente.

—Emm... Creo que debo pedirle perdón en nombre del F. B. I., señorita Landis. Le aseguro que no fue nuestra intención utilizarla... de un modo peligroso. Se trataba solamente de un paseo, para que no se fijaran en Burt.

—Lo entiendo, inspector. No se preocupe. No los demandaré.

—Bueno, no se trata de eso solamente. Sólo quisiera estar seguro de que usted está bien...

—Oh, sí... Muy bien. Y me... alegre de haber dado ese paseo en barca.

Miró a Burton Marsh, que desvió los ojos y se puso a silbar..., sin recordar que acababa de tragar una bocanada de humo, con lo que consiguió un efecto que hizo sonreír a la muchacha.

—La llevarán en seguida a su casa —sonrió Spollane.

—No tengo prisa...

El inspector del F. B. I, volvió a mirar a Burton, que ahora silbaba, ya sin humo, como distraído.

Afuera se oyó la llegada de un coche, por encima de los demás ruidos. Segundos después entraba un agente, con dos equipos de inmersión.

—Aquí está esto, señor.

—No hacían falta los trajes de goma, Sam. Que bajen dos de los muchachos, solamente con los tubos. Burt: ve a indicarles dónde cayeron los dos tuyos. Oscar sabe dónde está el nuestro que también se hundió.

—Sí, señor —se apresuró a aceptar Marsh.

CAPÍTULO XIII

Cuando subió, Dexter y Archie ya estaban allí. Y, efectivamente, el hombre que estaba con ellos era Farley Newlander. Spollane lo señaló.

—Ya sabemos que es él, Burt.

—¿Qué tal, señor Newlander? —saludó fríamente el G-man.

Farley Newlander no contestó. Estaba muy pálido, cabizbajo, muy asustado, según parecía.

—Dice que no ha estado en el helicóptero —deslizó secamente Spollane—. Y que no sabe nada de nada. Pero, por supuesto, nosotros no le creemos una sola palabra. Quizá creeríamos la verdad, señor Newlander.

Éste se empeñó en guardar silencio. Burton se colocó ante él, sombrío.

—No le servirá de nada esa actitud —aseguró—. A fin de cuentas, se está acusando usted mismo. Si no tiene nada que ocultar o temer..., ¿por qué no habla?

—Ahí llega Boyd, señor —avisó Dexter.

Boyd entró en la casita segundos después, con un objeto envuelto en su pañuelo. Estaba un poco impresionado. Se plantó delante de Spollane y quitó el pañuelo: era un paquete envuelto en papel de plata, y del cual colgaban un par de hilos.

Spollane miró duramente a Newlander.

—Una bomba de conexión, señor Newlander. Esto es lo que usted fue a colocar en el helicóptero. Al ser puesto en marcha habría explotado... ¿Lo niega?

Todos miraban fijamente a Farley Newlander; especialmente, Rachel Landis, cuyos ojos se desorbitaban más a cada segundo. De

pronto, Newlander se inclinó hacia adelante, escondiendo el rostro entre las manos. Burton Marsh entornó los ojos, comprendiendo que el pastel estaba a punto de ser comido... Miró de pronto a Rachel, la empujó suavemente hacia Dexter y señaló al exterior.

—Pero señor Marsh, yo prefe...

—Ssst. Mi compañero la llevará a casa. Hasta la próxima taza de café, señorita Landis.

Se desentendió de ella, acercó un silloncito al de Newlander, y miró interrogante a Spollane, que asintió con la cabeza. El

G-man

tocó en un hombro al millonario.

—Muy bien, señor Newlander. Ahora podemos hablar: ¿está usted metido en esto de los bonos falsos?

El millonario asintió con la cabeza.

—¿Y Randy Fellows? ¿Y Alderman, y Simons, y George Willey?

Nuevo asentimiento.

—¿Quiénes son esos dos tipos elegantes que llegaron en el helicóptero? Vamos, vamos, dé la cara... ¡Y quítese esos lentes de una vez!

Lo enderezó y le quitó los lentes, dejando al descubierto los ojos diminutos y enrojecidos del millonario, que los protegió con una mano.

—La luz... me hace daño...

—Pues tendrá que aguantarse mientras habla, de modo que cuanto más de prisa lo explique todo, mejor para sus ojos. ¿Quiénes eran esos dos tipos del helicóptero?

—James Foreman y... y Dickson Lambert. Ésos son... sus verdaderos nombres.

—¿Son los que daban la cara en la venta de los bonos?

—Sí.

—Está bien; dígame ahora la banda completa.

—Eran... ellos dos, Randy Fellows, Alderman, Simons, Willey...

—Y usted.

—Sí... Sí, sí.

—Parece que usted y Randy Fellows son los únicos supervivientes, ¿no es así?

—Randy... Randy también está... muerto.

—Oh... Parece como si usted hubiese querido hacer liquidación

completa, señor Newlander. Ya veo lo que ha pasado: yo le iba pisando los talones... Para colmo, después de haber fracasado en mi intento de ver a George Willey, me presento nada menos que en el «Loving River», donde están Alderman y Simons... ¿Cómo me conocían ellos?

—Le vieron anoche en la azotea...

—Ah... Creí que en ese helicóptero irían Foreman y Lambert.

—Anoche, no.

—Anoche, no... Bien, usted comprende que vuelvo a estar sobre la pista y ordena que me maten...

—No..., no, no...

—Be manera —lo ignoró Burton— que ordena que me maten en el Río del Amor. Luego envía a los del helicóptero a matar a Alderman y Simons. Y luego viene usted a liquidar a los del helicóptero, con una bomba... Fin. Liquidación completa de pistas para el

F. B. I.

Usted no fue muy listo al suponer que yo vendría solo a Coney Island, señor Newlander. Bien... Tenemos a toda la banda liquidada, excepto usted. ¿También era de la banda Carl Heimer, el último millonario estafado?

—No. El no...

—Entonces, ¿por qué lo mató? ¿Por qué matarlo a él y no matar anteriormente a los otros diecinueve estafados?

—¡Yo no maté a Heimer!

—Lo sé... —musitó fríamente Burton, sorprendiendo incluso a sus compañeros federales—. Lo sé ahora... Fue su esposa, ¿no es cierto?

—No... ¡No!

—Sí, señor Newlander... Fue su bellísima y joven esposa, que parece una criatura angelical. Es fácil de comprender ahora... Ella fue con nosotros desde New Jersey a Manhattan. Y mientras conversábamos con un compañero, ella pudo entrar, no sin audacia y riesgo. Se llevó a Willey a la azotea, lo tiró a la calle y se fue en el helicóptero, que usted había avisado. Luego se fue tranquilamente a ver el collar de su amiga, claro. Volvió a casa, cenó, se acostó quizá... Y en plena noche regresó a Manhattan, fue a la quinta de Carl Heimer, escaló la pared utilizando la enredadera, en la cual

dejó las marcas de sus pequeños pies y su poco peso, y asesinó a Carl Heimer... ¿Sí o no?

—Sí... ¡Sí, ella fue...! ¡Yo no quería, pero ella...!

—¡Déjela ahora! —le interrumpió Burton—. Yo no comprendo bien esto, señor Newlander. Sí comprendo que, vistos en peligro, optaran por deshacerse de toda la banda; con sesenta y cinco millones de dólares ganados, ya no valía la pena correr más riesgos... Comprendo muy bien que quisiera... «liquidar el negocio». Pero ¿por qué asesinar a Carl Heimer? ¿Por qué? Díganos...

Se volvieron hacia la puerta del dormitorio, donde acababa de aparecer Oscar.

—Algo interesante, señor... —exclamó—. Uno de los muchachos, al bucear para sacar uno de los cadáveres, encontró un cable bajo el agua, convenientemente aislado. Es una conexión entre los generadores y una cueva muy pequeña, algo más profunda... La puerta es de cartón piedra que parece roca. La hemos abierto.

—Magnífico, Oscar... ¿Una pequeña imprenta?

—Sí, señor... —sonrió Oscar—. Está la plancha de los bonos de la

I. T. T. C.

—De acuerdo, Oscar. Buen trabajo... Seguid con ello. Nosotros nos vamos a la Delegación, con el señor Newlander. ¿Necesitáis algunas instrucciones...?

—No, señor. ¿Puedo volver abajo?

—Sí. Phil se quedará al cuidado de aquí arriba. Proceded normalmente.

—Sí, señor. Hasta luego.

Oscar desapareció de nuevo y Spollane tocó en un brazo a Farley Newlander.

—Será mejor que nos vayamos, señor Newlander. Hay mucho por escribir ahora en la Delegación. Un informe completo...

—Por favor, señor, un momento... —pidió Burton—. Usted dijo que había algo que olía a podrido, y creo que el señor Newlander nos lo va a decir ahora... Algo que no encaja es la muerte de Carl Heimer. Fíjese bien: a los demás millonarios estafados no los han matado, ni ya podrán intentarlo. Pero no creo que éstos fuesen los

planes del señor Newlander. Al que interesaba matar era a Carl Heimer, porque él podría reconocer a quienes le estafaron, ya que éstos, al parecer, tenían su residencia en Nueva York... Si obligábamos al señor Heimer a identificarlos, algo iría todavía peor. Por eso, fue asesinado él y toda la banda en cuanto las cosas se pusieron difíciles. Fue... un modo de protegerse a sí mismo... y al resto de los millonarios... ¿No es cierto, señor Newlander?

—Usted... usted lo sabe... —jadeó el millonario.

—Lo voy adivinando. En realidad, el mérito es del inspector... Él dijo que olía todo a podrido. Y antes dijo que parecía como si todos los millonarios estafados se hubiesen vuelto de pronto idiotas, incautos, imbéciles... ¿Es lógico eso? No... Yo creo que no. Nadie era idiota, señor Newlander, sino demasiado listo, ¿no es cierto?

—Si usted lo sabe ya, déjeme en...

—Usted va a tener que explicarlo. Y ahora mismo.

—Está bien... De todos modos...

—Al grano, señor Newlander.

—Bueno, ellos... aceptaron nuestra proposición. Es un truco que... se me ocurrió a mí. ¡Pero los asesinatos son cosa de Debbie, es una mujer espantosa! Me di cuenta demasiado tarde... Sabía que se casaba conmigo por dinero, pero no me importó. Cuando... me di cuenta de que era aún más astuta que yo, más...

—Señor Newlander: al grano.

—Sí... Foreman y Lambert iban a visitar a los millonarios y les... ofrecían los bonos falsos, solamente al diez por ciento de su valor nominal. Es decir, que si compraban dos millones de dólares en bonos, en realidad nos pagaban doscientos mil dólares, solamente, que era lo que nosotros ganábamos...

—De donde se desprende que usted, tranquilamente, ha ganado más de seis millones de dólares, vendiendo bonos falsos... a compradores que sabían perfectamente que los bonos eran falsos.

—Sí.

—Pero... —intervino Archie.

—Espera, Archie. Yo te diré el resto, ahora que el señor Newlander ha confirmado mi teoría. Los millonarios compraban bonos falsos, a sabiendas, por el diez por ciento de su valor. Ejemplo: un millón de dólares en bonos les costaba a ellos solamente cien mil dólares. Pero habían retirado del banco un

millón para esa operación. Pagaban los cien mil dólares por el millón en bonos falsos, decían que habían sido estafados... y se quedaban con novecientos mil dólares de pérdida... Novecientos mil dólares escamoteados a todos: al Fisco, al capital de la compañía, al pago de deudas contraídas... ¿Qué podían hacer ellos, pobrecillos, si habían sido estafados y no tenían dinero?

—Pero entonces... esos sesenta y cinco millones... ¡están ocultos!

—Menos los seis y pico de... beneficio del señor Newlander. ¡Qué linda jugada! Casi sesenta millones escamoteados por los propios millonarios. Quizá estén en Suiza, en Brasil, o Méjico... Dinero que no paga al Fisco, que puede justificar una quiebra, una suspensión de pagos... Mil y una trampas, Archie. Hay que admitir que el señor Newlander tuvo una idea... interesante. Pero resultó malo el negocio, a fin de cuentas.

—Fue bueno mientras duró —musitó Spollane.

—Oh, sí... Pero esos buenos negociantes, esos diecinueve millonarios, tendrán que responder ahora del delito de fraude, y cualquiera sabe cuántas cosas más amparados en la supuesta pérdida de ese dinero... ¿He dicho buenos negociantes? Yo diría que no, señor, ya que todos aquellos que faltan a la Ley no son buenos en nada. Ni siquiera en los negocios... A la postre, han resultado, ciertamente, merecer el nombre de... malos negociantes.

—Vamos a la Delegación —musitó Spollane.

—Mmm... Bueno, creo que, con su permiso, yo... iré antes a otro sitio, señor.

CAPÍTULO XIV

—¿El señor Marsh? —musitó Deborah Newlander—. ¿Cómo ha llegado hasta la casa? ¿Cómo es posible que Wallace no nos haya avisado de su llegada?

—Lo ignoro, señora. Sólo sé que está esperando.

—Bien... ¿Mi esposo no ha llegado aún, o ha llamado...?

—No, señora. ¿Qué le digo al señor Marsh?

Debbie Newlander, la preciosa rubita, miró hacia los dos mastines, que gruñían sordamente, tiesas las orejas... De pronto, sonrió, de aquel modo tan angelical.

—Que pase, desde luego.

Segundos después, aparecía Burton Marsh en el gran *living*, con un atuendo que sorprendió por un instante a la rubita. Pantalones que le venían un poco cortos, un jersey, zapatillas deportivas... Ella lo miró, risueña, mientras se oía el gruñido incesante de los dos mastines.

—Señor Marsh..., qué sorpresa... Bueno, no sé si mi relojito va mal, pero yo juraría que son más de las diez... de la noche, claro.

—Su reloj va bien, señora Newlander... —sonrió Burton—. Pero sus negocios van muy mal.

—¿Mis negocios? No comprendo... —señaló lánguidamente la mesita rodante—. ¿Quiere beber algo?

—No tengo tiempo, lo siento. Le ruego que tenga la bondad de acompañarme.

—¿Cómo...! ¿Está... proponiéndome algo... personal, señor Marsh?

—Algo federal, señora. El F. B. I, va a acusarla formalmente de varios asesinatos. Ah... Oí su pregunta al mayordomo: entré saltando las verjas. Es... un sistema seguro para no espantar la caza.

—Hablando de caza, señor Marsh... ¿Usted sabe cómo murió Randy Fellows?

—Todavía no. Pero lo sabré muy pronto.

—Y tan pronto, señor Marsh... Quizá le dé una pista saber que el pobre Randy fue... descuartizado a dentelladas.

Burton Marsh miró hacia los dos mastines y palideció.

—No soy hombre que se asuste fácilmente, señora. E insisto en que venga ahora mismo conmigo a la Delegación del

F. B. I.

Su esposo ya la está esperando allí. Y es él mismo quien la ha acusado de... ¡Eh...!

A una seña de Deborah Newlander, los dos mastines saltaron de su rincón, gruñendo de tal modo que Burton Marsh notó de punta del primero al último de sus cabellos... Fue un ataque veloz, ferocísimo, lleno de gruñidos. Vio venir a las dos fieras con las fauces abiertas, los ojos relucientes, salpicando baba a todos lados...

La mano izquierda salió del bolsillo de los pantalones del federal, empuñando la pistola prestada, mientras se tiraba hacia un lado, pasando por encima del sofá... Deborah Newlander corría hacia la puerta del *living*, pero eso importaba muy poco en aquellos momentos...

Los dos mastines pasaron por encima de Marsh, rugiendo con fiereza terrible, sobrecogedora... Derribaron la mesita, resbalaron por el brillante suelo, revolviéndose, crujiendo sus uñas en el intento por detener el fuerte impulso...

Aún estaban deslizándose cuando Burton Marsh apretó el gatillo de la pistola..., y la cabeza de uno de los perros saltó en pedazos, mientras el cuerpo daba una espectacular voltereta... El otro perro saltó de nuevo hacia el

G-man,

que en su precipitación, y debido al velocísimo movimiento del animal, falló el disparo a la cabeza, acertando solamente de refilón las costillas del enorme mastín, que lanzó un rugido espantoso al caer al otro lado del sofá, tras pasar nuevamente por encima de Burton, que se encogió tras el disparo. Quiso pasar de nuevo por encima del sofá, resbaló, cayó de cabeza en éste, se aferró fuertemente... y el sofá se vino con él al suelo, volcándose encima de él con tal fuerza que lo aprisionó debajo... El respaldo prensó

fuertemente su mano y la pistola escapó fuera de su alcance. En el acto, el mastín caía sobre el sofá, rugiendo, dando feroces dentelladas que arrancaban la tela como si fuera papel mojado, mientras el

G-man

hacía desesperados esfuerzos por mantener el mueble encima de él único modo de mantenerse lejos de aquellos colmillos...

Se oyó el ruido inconfundible de cristales rotos, un rugido aún más rabioso del mastín, un disparo con silenciador...

Plop.

El mastín dejó de rugir.

—¡Burt! ¿Estás bien?

Archie Boone apareció en el ventanal. Metió la mano por el agujero hecho en los cristales con la pistola y abrió. Pero Burton Marsh salió de debajo del sofá sin darle tiempo a llegar para ayudarle, desencajado el rostro...

—Maldito seas, Archie... ¿Qué esperabas para intervenir?

—Hijito, estabas en la línea de tiro... —Gruñó Boone—. ¿Qué querías? ¿Un balazo en lugar de un mordisco? ¡Hey...! ¡Ella se escapa en un coche!

—¿En un coche? Pero si no...

Salieron los dos corriendo a la terraza, por la abierta puerta-ventana. El blanco coche pasó a veinte yardas de ellos, saliendo del garaje lanzado a toda velocidad, rugiendo el motor como si fuese a estallar de un momento a otro... El coche iba en un alocado zig-zag,

lanzando gravilla a todos lados...

—Pero... ¡Está loca! ¡Se va a...!

Así fue.

El coche se estrelló muy pronto contra uno de los bonitos y enormes abetos del jardín. En un instante, quedó envuelto en llamas, que ascendían como escapando, en feroces destellos... Hubo otra explosión, aún más fuerte, y los dos agentes del

F. B. I.,

que corrían hacia el siniestrado coche, tuvieron que detenerse en seco, chamuscadas las cejas, notando el ardiente impacto en el rostro, en las manos... Las llamaradas aumentaron, el coche desapareció envuelto en fuego y humo negro...

—Estaba loca... —musitó Archie—. ¡Pero si ella misma nos dijo que no sabía conducir!

—Lo intentó —dijo sombríamente Marsh—. A pie no habría escapado de nosotros, Archie.

—¡Pero meterse en un coche sin... sin saber cómo llevarlo...!

—Por lo menos, hay algo en lo que ella no mintió: no sabía conducir, en efecto.

ESTE ES EL FINAL

Buenos días, señorita Landis.

—Oh... Señor Marsh... ¿Qué... qué...?

—¿No me invita a pasar?

—Sí... ¡Claro que sí!

La muchacha se apartó, dejando pasar al agente del

F. B. I.,

que se puso a mirar especulativamente a todos lados.

—Bueno... No está mal su nidito. Es muy coquetón, muy femenino... Muy limpio y ordenado, eso sí. Me gusta.

—Muchas... muchas gracias, señor Marsh... ¿En qué... puedo... servirle?

—Hoy es sábado.

—Sí. Sí, es sábado...

—Bueno. Me he levantado más tarde porque he pasado casi toda la noche trabajando en la Delegación. Ya sabe: los informes, y tonterías de esas... En fin, que he dormido como un lirón hasta hace un cuarto de hora... Y me encuentro con que no tengo café.

—¡Oh! ¡Yo le daré con mucho gusto una...!

—No, no, no... En realidad, eso no tiene nada que ver. No tengo café, pero no me importa. Sólo venía a recogerla... ¿Está lista?

—Lista... ¿para qué?

—Para ir a casarnos.

—Pero, señor Marsh...

—Ya la advertí ayer. Ah, una buena noticia: tengo fiesta el lunes. Por ser un chico listo. De manera que tenemos tres días de luna de miel por delante... Claro, no podremos vivir en esta casa, ni

en la mía... Habrá que buscar una más grande, para los niños... Se me olvidaba: cuando nos despedíamos, Archie me dio este sobre para usted. Un sobre muy misterioso. ¿Podré ver su contenido?

Lo entregó a la muchacha, que estaba sonrojada al máximo de alegría. Ella lo abrió, miró las fotografías y las tendió a Marsh, que se vio a sí mismo escondiéndose detrás de una palmera, flotando con la muchacha al lado... y besándola a toda máquina.

—Ejem... ¿Yo hice esto?

—Sí, señor Marsh.

—Vaya... Bueno, seguramente sería lo romántico del lugar... ¿De dónde ha sacado...? Entiendo, entiendo. Usted y Archie se confabularon, él recogió la película de la cámara, mandó revelar las fotos en la Delegación... ¡y tuvo la desfachatez de obligarme a traerle a usted lo que podría convertirse en la prueba de mi delito para chantajearme...!

—Ya no será necesario, señor Marsh: usted ha pedido mi mano.

—¿Yo?

—Usted, señor Marsh.

—Ejem... ¿No se resfrió?

—No. Soy una chica muy sana, muy fuerte.

—Y muy... Vaya, creo que se está haciendo tarde. Nos están esperando.

—¿Quiénes?

—Pues el pastor, Archie, el inspector Spollane... Je, je, los he fastidiado, en pleno sábado. Tendrán que ser testigos, padrinos y todo eso... ¿Qué está esperando?

—No he dicho que quiera casarme con usted, señor Marsh.

—¿Y por qué no?

—Pues... creo que tres días de luna de miel son muy pocos.

—Es cierto. Sí, son pocos, pero así es la vida de un agente del

F. B. I.

Para el otoño tendremos tres semanas completas. Hasta entonces, sólo puedo ofrecerle tres días, señorita Landis. O lo toma... o lo deja. Nada de noviazgos y tonterías de ésas... O boda, o nada. O lo toma, o lo deja.

Rachel Marsh pasó sus bracitos por el cuello del federal, se alzó un poquito y lo besó en los labios, lentamente.

—Creo... que lo tomo —suspiró.

—Pues le diré algo, señorita Landis: acaba de hacer usted el mejor negocio de su vida. Y yo también, porque desde el primer día en que la vi la eché el ojo y me dije: «Burt, ahí la tienes».

—¡Y yo haciendo la tonta con tantas tazas de azúcar arriba y abajo...! ¡Creí que ni siquiera te habías fijado en mí...!

—¿Por quién me toma, señorita Landis? Ya le digo que yo tengo muy buena vista. Y soy astuto, no como esos estúpidos negociantes... Mmm... Si no se da prisa, llegaremos tarde a nuestra boda.

¡Y eso sí que sería un mal negocio!

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...